

ENCUESTA sobre librerías, libros, editoriales y lecturas

Álvaro Abós / César Aira / Carlos Altamirano / Carlos Sempat Assadourian / Beatriz Bragoni / Gregorio Caro Figueroa / Pablo de Santis / Fernando Devoto / Torcuato Di Tella / Jorge Dotti / Alejandro Eujanián / José Pablo Feinmann / Elvio Gandolfo / Roberto Gargarella / Adrián Gorelik / Tulio Halperin Donghi / Roberto Jacoby / Noé Jitrik / Martín Kohan / Laura Malosetti Costa / Guillermo Martínez / Tununa Mercado / Jorge Monteleone / Beatriz Sarlo / Maristella Svampa / Héctor Tizón / Hugo Vezzetti

evocan

Buenos Aires / Corrientes / Córdoba / Santiago de Chile / Mendoza / Salta / París / Roma / Madrid / México / Rosario / Montevideo / Bahía Blanca / Ramos Mejía / Gral. Roca / Neuquén

En el marco del impulso que buscamos dar a los estudios sobre el libro, la edición y la lectura en la Argentina, les propusimos un par de preguntas muy simples a un conjunto de figuras académicas, intelectuales y artísticas argentinas: ¿qué librerías, qué editoriales fueron importantes en su formación?

Tratamos de ponderar en nuestra elección a varias generaciones y ocupaciones, y buscando involucrar diversas ciudades, ámbitos y grupos. Dirigimos nuestra encuesta a una treintena de personas por correo electrónico.

Casi todas nos respondieron. El resultado es el que los lectores tienen a la vista.

El conjunto ofrece, creemos, no sólo el interés intrínseco de sus testimonios sino también ingentes materiales para futuros trabajos.

¡Incontables gracias a todos los que respondieron!

Ana Clarisa Agüero

Horacio Tarcus

PREGUNTA 1: ¿Hubo una o más librerías que constituyera/n una referencia para usted durante su formación? ¿Recuerda quién la atendía, qué libros descubrió allí, si conoció en ese espacio a otros intelectuales, académicos o artistas?

PREGUNTA 2: ¿Reconoce, a lo largo de su trayectoria, ciertas editoriales que acompañaran su formación? ¿En qué aspectos contribuyeron a forjar planes de lectura significativos para su experiencia personal y generacional?

ÁLVARO ABÓS

PREGUNTA 1: Debido a que nací y crecí en el centro de Buenos Aires, las primeras librerías que recuerdo —y las primeras a las que acudí de adolescente a comprar libros— son las de Corrientes, en ese ya legendario tramo de Libertad a Callao, o Ayacucho. Recuerdo las grandes Fausto y Ulyses. Pero la más entrañable era Moro. Ubicada justo al lado del cine hoy Loire. Primero, porque sólo vendía libros de segunda mano, por tanto más baratos, y los únicos que durante largos años estuvieron al alcance de mis flacos bolsillos. Luego por la figura discreta y simpática de quien fuera uno de sus últimos dueños en la saga de esta familia librera: don Atilio Moro. A quien acompañé fielmente, junto a la larga pléyade de sus

clientes, cuando recaló en su última andadura, el local de Rodríguez Peña casi esquina Bartolomé Mitre. Sólo me dedicué a la escritura ya mayor, por lo tanto en mi juventud no frecuentaba librerías como autor. Sí, en cambio, fui militante político en las juventudes peronistas de comienzos de los años sesenta. En carácter de tal recuerdo haber peregrinado mucho a la pequeña Librería del Mar Dulce, un local situado en un sótano de la Avenida Córdoba, quizás al mil trescientos, donde alguna vez, con otros compañeros de militancia, escuchamos los monólogos interminables de su dueño, Jorge Abelardo Ramos, autor que junto a Hernández Arregui y Arturo Jauretche era entonces muy influyente. Fuera del circuito de Corrientes, recuerdo que me gustaba mirar la vidriera de la primitiva librería Norte, en Pueyrredón entre Santa Fe y Arenales, por su contenido armonioso y surtido. En otros puntos de la ciudad, recuerdo la librería Atlántida de la calle Florida, porque en su vidriera siempre había cuadros de algún pintor argentino.

PREGUNTA 2: Durante mucho tiempo, en mi infancia y juventud, leí —además de las consabidas colecciones infantiles y juveniles como la «Robin Hood»— mucha literatura policial, debido a que mi padre era adicto a ella. En las décadas del cuarenta y cincuenta se publicaban muchas colecciones, tanto en la modalidad de quiosco (recuerdo las colecciones «Rastros», «Pandora», «Cobalto») como

de librería («Séptimo Círculo», «Naranja» de Hachette, «Club del Misterio» de Fabril Editora, etc.). Esas lecturas abrieron camino a otras, más «prestigiosas», pero sedimentaron en mí el gusto por la narratividad y el misterio, que aún me interesa centralmente. Ya en mi primera juventud, por motivos familiares, estaba muy enterado de las novedades que venían de Barcelona, ¡nada menos! Recuerdo que adquirí **La Ciudad y los Perros** de Vargas Llosa —entonces desconocido—, publicado por la «Biblioteca Breve» de Seix Barral, en cuanto llegaron ejemplares a Buenos Aires; y como entonces era redactor del semanario **Compañero**, lo comenté en sus páginas, con lo que quizás fui uno de los primeros reseñistas de ese libro. En otro orden de cosas, recuerdo cómo los jóvenes nutríamos nuestra voracidad política en los tomos baratos de las colecciones «La Siringa» de Peña Lillo y Coyoacán, del citado Ramos. Eran libros pequeños, de cien páginas.

CÉSAR AIRA

PREGUNTA 1: Cuando vine a vivir a Buenos Aires (1967; y vine como causa principal por las librerías que no había en Pringles), las librerías más importantes para mí fueron la Galatea, de Gattegno y Goldstein, en la calle Viamonte, y Letras, de María Rosa Vaccaro y Margarita, también en Viamonte. Los libros ingleses los compraba en Pigmalión y en Rodríguez (Galerías Pacífico). Las «novedades», en la calle Corrientes (Fausto, Martín Fierro, Hernández frente a La Paz). Los «libros de viejo»: Parque Rivadavia, que empecé a frecuentar a comienzos de los setenta y era muy bueno entonces. Creo que en esa etapa la librería que más satisfacciones me dio fue Galatea. Después, y durante más de diez años o quince, fui todos los días a la librería de Fiorentino («libro barato y fino») en Caballito, en sus tres locales, primero en Rivadavia, después en una galería en Primera Junta, y el último en la calle Neuquén. Tuve una relación muy entrañable con Enzo Fiorentino, y cuando se murió dejé de tener librería favorita, hasta estos últimos años que he hecho mi refugio en la de Garamona, La Internacional Argentina.

PREGUNTA 2: Los libros de la editorial Sur eran los que venían con cierta garantía de calidad y sofisticación. Los de la colección «Clásica y Contemporánea» de Losada eran imprescindibles para lecturas latinoamericanas. Compré muchísimos (creo que a la larga todos) de la «Serie del Siglo y Medio» de EUDEBA, y después compré sistemáticamente todo lo que publicaba el Centro Editor, sobre todo en las colecciones que dirigía Horacio Achával. Pero igual de importantes para mí, o más, fueron las ediciones de Penguin, Everyman's Library, Livre de Poche, y Gallimard en las colecciones Poésie y Folio.

CARLOS ALTAMIRANO

PREGUNTA 1: Cuando vivía en Corrientes, no había más que una sola librería para quienes tenían inquietudes intelectuales, la Librería del Universitario. Ya en Buenos Aires, la librería a la que concurría con más frecuencia era Fausto, en Corrientes casi Talcahuano. Era la que tenía las novedades que uno quería comprar o robar, pero ésta era una empresa difícilísima porque había muchos empleados, permanentemente atentos a los movimientos de quienes dábamos vuelta por las mesas y los estantes. También iba, pero mucho menos, a las librerías que permanecían como un recuerdo de cuando la Facultad de Filosofía y Letras quedaba por

Viamonte: Galatea, Verbum, Nueva Visión. Y también recuerdo la librería Jorge Álvarez, a la que iba con cierta asiduidad cuando la atendía, ya próximo a su cierre, Germán García. Respecto de la sociabilidad intelectual, no recuerdo más que este trato con Germán, que era un tipo brillante.

PREGUNTA 2: De las editoriales cuyos libros acompañaron mi formación, recuerdo a Lautaro, ligada al PC [Partido Comunista], a la editorial de Jorge Álvarez y a Seix-Barral, cuyos títulos me resultaban carísimos, pero hacía todo lo posible para conseguir.

CARLOS SEMPAT ASSADOURIAN

PREGUNTA 1: Entre 1950-1955, desde los 13 hasta los 17 años, mi recuerdo más fuerte son las idas a Paideia (cuando estaba en el Pasaje Central) a buscar literatura «clandestina», esto es marxista. Reconocido por este afán empecé a atenderme, o sea a indicarme dónde estaban ubicados los materiales que buscaba, un empleado que después supe (cuando entré a la Fede [Federación Juvenil Comunista]) que se llamaba Moisés Corzo y que era yerno de Miguel Contreras.

Entre los 17-20 años, además de seguir yendo a Paideia, agregué visitas a «librerías de viejo», una que estaba en la primera cuadra de Obispo Trejo y otra en la segunda cuadra de 25 de Mayo. Pero en este lapso, los libros más importantes para mí procedieron no de librerías sino de la biblioteca personal de Pancho Aricó.

De 1959-1960 a 1966 (primero estudiante de Historia y después graduado e investigador en el Instituto de Estudios Americanistas), Paideia era mi (nuestra) referencia de novedades editoriales, y también a menudo de citas. Pero los encargos de libros especializados casi siempre los hacía en Nubis pues allí trabajaba, dándome un trato muy especial, mi hermana Rosa Estela. No siento que en Paideia (o en Nubis, si se quiere agregar) haya «descubierto» algún libro ni tampoco «conocido» a intelectuales, artistas, etc.. Estos libros y relaciones procedían del ámbito de la Facultad-Cefyl [Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras], del grupo político y del propio trabajo.

PREGUNTA 2: Se me imponen como editoriales más significativas el FCE y Siglo XXI, esto es, en cierta manera, Orfila Reynal. Por mi interés hacia el llamado «marxismo» —y claro, también por razones de amistad personal— siempre seguí con mucha atención y reconocimiento al trabajo editorial de Aricó en «Cuadernos de Pasado y Presente» y en Siglo XXI. Pero no atribuyo ninguna influencia especial a estas referencias editoriales ni en mi formación ni en mis planes de investigación.

Fuera del cuestionario, atendiendo a que éste trata de libros: más que en Córdoba, fue en mis años en Santiago de Chile (1967 - octubre de 1973) donde armé una biblioteca, digamos, *valiosa*, debido al contacto con un extraordinario librero de viejo: ediciones del siglo XIX y primeros años del XX de Argentina, Chile, Perú (también de Europa), tanto de literatura como de fuentes para la investigación histórica. Después del golpe de Pinochet, esta biblioteca mía me fue enviada a Córdoba en avión en unas 80 cajas, y al irme a México (agosto de 1975) quedó en casa de mi padre. En 1976, a poco tiempo del golpe de Videla, mi padre me envió a decir que un camión del ejército había allanado la casa y llevado

la biblioteca. Mi padre no dejó de avisarme del dato principal: quien dirigía esta operación de robo era un capellán.

BEATRIZ BRAGONI

PREGUNTA 1: Sí las hubo; el suministro de libros universitarios en Mendoza dependía de un librero «ambulante», oriundo de Buenos Aires creo recordar, que trabajaba por encargo u ofrecía lo que le enviaban en la misma facultad. Pero fue Prometeo la librería que cumplió un papel central en tanto que me permitía entrar en contacto con novedades editoriales completamente ausentes en bibliotecas o librerías de Mendoza. En mis años de formación, quien asesoraba mis inversiones librescas era la lista bibliográfica derivada de la lectura minuciosa de las notas al pie, y las generosas indicaciones de Mario Ranaletti, de las que dejé incluso constancia en los agradecimientos de mi libro. Paidós en Santa Fe también fue importante; los libros antiguos los hojeaba y si podía los compraba en una librería de la calle Las Heras que luego cerró.

PREGUNTA 2: Hay cuatro colecciones o planes de lectura que acompañaron mi formación en historia argentina: los libros de Hyspamérica; la colección de Paidós (dirigida por Halperin); algunos textos de Hachette / Solar, dirigida por Gregorio Weimberg, y la colección de Sudamericana dirigida por Luis Alberto Romero (que luego siguió en Siglo XXI). En conjunto, esa combinación de lecturas (y de otras, naturalmente) me permitió descubrir temas y problemas ausentes en mi formación de grado y ensayar un recorrido personal bastante libre, sujeta no tanto a los imperativos de la coyuntura sino a las exigencias de mis propias inquietudes u obsesiones.

GREGORIO CARO FIGUEROA

Pregunta 1: A comienzos de los años '60, en una ciudad pequeña como Salta, cuando era alumno del Colegio Nacional y comencé a leer libros que no eran los textos obligatorios, las librerías eran una rareza. Había algunas librerías-papelerías dedicadas a la venta de textos escolares y artículos de papelería, las que, sin embargo, reservaban algún espacio para libros de literatura, de historia o de política. La primera librería-papelería que recuerdo es La Montaña, de un señor Rivero, en calle Mitre al 400. Esa librería, de pisos, mostrador y estantes de madera, estaba impregnada del embriagante olor a libros. En un estante vidriado había libros rústicos de Editorial Tor, de Sopena y otros más caros.

Todos los comienzos de clase esperaba el momento de ir a La Montaña a comprar el libro de lectura con ilustraciones coloreadas y de «tapa dura», para cada uno de los grados de la escuela. Esos libros eran el plato fuerte en la lista de útiles que entregaban las maestras. Recuerdo que en el primer grado inferior nos pidieron el libro de «lectura inicial» de Raquel Robert que tenía el título **Mamá**. Era un librito apaisado, editado por Kapelusz. Las primeras palabras que allí aprendimos cabían en un renglón: «Ema lee a papá» o «Mamá asea la sala». También nos enteramos allí que las fechas históricas que debíamos recordar eran el Día de la Bandera, la muerte del general San Martín, el Descubrimiento de América, la nacionalización de los ferrocarriles y el 17 de Octubre de 1945.

En los años '50 y hasta 1970, la única librería dedicada solo a libros era El Estudiante, de don Ramón Cardozo. Era un hombre

corpulento, de rasgos muy salteños, que comenzó siendo canillita y luego fue uno de los principales dirigentes políticos del Partido Socialista de Salta. En 1958 fue candidato a legislador nacional en la lista que postuló a gobernador de Salta al doctor Carlos S. Fayt, salteño. Conservo dos raros y excelentes folletos que escribió Fayt en 1958: uno sobre la situación social de Salta y otro sobre sus problemas educativos. Ambas publicaciones forman parte de lo mejor del ensayo sobre Salta, género apenas cultivado en esta «tierra de cantores y poetas», más que de ensayistas y críticos sociales. Cardozo reeditó a Joaquín Castellanos y editó a Juan Carlos Dávalos, Manuel J. Castilla, Néstor Saavedra y a César Perdiguero, entre otros. Fue un hombre que se hizo a sí mismo y ejerció un mecenazgo sin alardes. Su librería estaba ubicada en calle Caseros a dos cuadras de la Plaza 9 de Julio. Era un pequeño local, parte de una casa muy antigua. Cuando estaba cerrando entré a rescatar los últimos libros. Recuerdo haber encontrado algunos de los títulos de la Colección «El Pasado Argentino» de Hachette, dirigida por don Gregorio Weinberg. Cardozo traía, además, periódicos políticos.

La librería «de libros» más importante de Salta hasta comienzos de los años '80 fue la Librería Salta, idea del doctor Roberto García Pinto, médico de profesión que se consagró luego a la literatura y al ensayo. Durante años la atendían con mucha profesionalidad las hermanas Ortiz Solá, sobrinas de Patrón Costas. Ubicada en el edificio del Hotel Salta, esta librería incluía todos los géneros. Tenía un sentido pluralista. Era, además, un sitio de encuentros, diálogos y comienzo y final de discusiones.

Cerca de la librería de don Ramón Cardozo, a media cuadra sobre calle Ituzaingó, había una librería-papelería: Antártida, propiedad de la familia Matus. Un día que entré a comprar carpetas, encontré y me detuve ante los títulos editoriales que difundían autores a los que comencé a leer. Recuerdo la colección de pequeños libros de Editorial Coyoacán, que dirigía Jorge Abelardo Ramos y la colección «La Siringa», de Arturo Peña Lillo. Más tarde se abrió una pequeña librería frente al correo, su dueño era Pepe Mizrajhi, un porteño, creo que amigo de Alberto Szpunberg y de Salvador María del Carril. Recuerdo que se vinculó al dueño el grupo guerrillero del EGP que apareció en Orán. Luego, esa librería, que tuvo otros dueños, pasó a manos de Pedro González, porteño y peronista que llegó esos años a Salta y se quedó aquí. Por unos meses intenté vender los libros de esa librería puerta a puerta. Creo que terminé comprando casi todos ellos, aunque no recuerdo si los pagué todos. Pedro González dirige, desde hace veinte años, el mensuario **Claves**.

Otra librería que recuerdo es La Tradición, de Pedro Portela Huguet, nacionalista católico. Allí compraba los libros de editorial Theoría y de Huemul, folletos del padre Leonardo Castellani, que en los años '50 vivió en Salta. Un profesor de literatura nos hizo leer un folleto donde Castellani demonizaba al liberalismo. Allí también se vendía **La Hostería Volante** y las conferencias antisemitas del padre Julio Meinvielle, que entonces hablaba del peligro del «aparato frondicista-comunista».

Otra de las librerías-papelerías que daban importancia al libro era la Librería San Martín, que por iniciativa de su dueño, el señor Salas, también editó libros de autores locales. Tenían un hermoso local, ubicado en la actual Plazoleta Cuatro Siglos, sus muebles,

pisos y revestimientos de madera. Recuerdo especialmente la librería El Colegio, de un excelente ser humano y profesional: don Benito Crivelli, que abrió un espacio cultural en su pequeño local de calle Caseros. En ese salón coexistían buenos libros, exposiciones, conferencias y reuniones en un clima de libertad y tolerancia.

En los años '60 fue importante la apertura de un pequeño puesto de venta de EUDEBA debajo de la escalera del edificio de Buenos Aires 177, donde funcionaban, en un ambiente pequeño y casi familiar, el Departamento de Humanidades y la Facultad de Ciencias Naturales, semillas de la futura Universidad Nacional de Salta. Pese a mi insolvencia y al hecho de ser un estudiante secundario que solo merodeaba la biblioteca de Humanidades, obtuve un crédito para comprar la edición de EUDEBA del libro **Alberdi y su tiempo**, monumento de erudición, escrito por Jorge Mayer, o pagar de contado **Los que mandan**, de José Luis de Imaz.

Había en la ciudad algunos vendedores de libros a domicilio. Entre otros, recuerdo al señor Zintac, que distribuía las publicaciones del Partido Comunista, y el señor Ciro José Amezúa, un buen conocedor de libros, representante de la Editorial Aguilar. También en esos años, don Luis Azán Arteaga, bibliófilo y amante del libro antiguo, abrió un pequeño local en calle Santiago del Estero, entre Deán Funes y Zuviría. Allí fueron a parar varios libros de la biblioteca de mi padre los que, con infantil ignorancia e irresponsabilidad, vendí para comprar golosinas. Una tarde, habiendo agotado los ejemplares valiosos de su biblioteca, decidí llevar el que yo consideraba una joya: un ejemplar de la Biblia. Cuando lo llevé, don Azán apenas lo miró y dijo: «No me interesa. Estas ediciones no valen ni un peso. Son las que regalan y mandan por correo los protestantes».

PREGUNTA 2: Aunque traté de leer esa variada literatura política — un abanico que iba desde el Partido Comunista al nacionalismo de derechas—, las preferencias se decantaron por el lado de lo que se llamaba «la izquierda nacional», a la que adherí en mi juventud. Tenía 17 años cuando tuve mi conversión al socialismo, leyendo párrafos del **Manifiesto Comunista** en uno de los tomos de la extensa **Historia de las Ideas Políticas** de Mariano de Vedia y Mitre que tenía mi padre. No tuve plan de lectura. Tampoco maestros ni guías. Quizás por temperamento, por edad y por la época, todo era apresurado, disperso y desordenado. A veces leíamos para encontrar la frase impactante que diera fuerza a una arenga política o diera brillo a un panfleto.

En aquel momento, bajo ese rótulo podían convivir peronistas como Cooke, socialistas como Manuel Ugarte, nacionalistas como José María Rosa, ensayistas como Juan José Hernández Arregui —cuya prosa obligaba a recurrir al diccionario— o marxistas como Rodolfo Puiggrós. Aquella corriente de la izquierda nacional que nos parecía homogénea e integrada por individualidades que cultivaban relaciones armónicas, luego se nos rebeló como un territorio minado de diferencias ideológicas que iban más allá de los matices y los estilos, a lo que se añadían conflictos personales.

En algunos, más que la fidelidad y las preferencias de los autores del partido influía el clima de época, el que no estaba exento de cierto *snobismo* y deseo de estar a la moda que dictaban los semanarios porteños como **Primera Plana**. Se compraban libros y se los leía no sólo por los temas y la importancia de los auto-

res. Se compraban libros según la editorial que los lanzara al mercado. Los de la editorial Jorge Álvarez eran de obligada compra. El primero, **Literatura argentina y realidad política**, de David Viñas. Pasar de los manuales de Giusti al ensayo de Viñas era un desafío. También comprábamos algunos de los libros del catálogo de Siglo Veinte. El que más me impresionó y recuerdo fue la primera edición de **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, de Juan José Sebreli, de cuya mano recorrí Buenos Aires con la imaginación antes de conocerla cuando ya tenía veinte años.

Sin la promoción editorial de esas editoriales de moda, me interesé por libros de un sociólogo importante e injustamente olvidado: Julio Mafud, a quien conocí muchos años después. Mafud fue trabajador ferroviario y pudo estudiar en París al lado de Alain Touraine. Casi todos sus libros, todos agotados, fueron editados por Americalee. Por recomendación de un amigo de mi padre leí al peruano José Carlos Mariátegui, o libros de Haya de la Torre y de Luis Alberto Sánchez que había en la biblioteca de mi padre, quien fue amigo de apristas notorios como Andrés Towsed Ezcurra o Ramiro Priolé. Percibí que la visión y el tratamiento que daban ambos a los problemas del mundo andino al que Salta pertenece permitían acercar la seca teoría a una realidad diferente de la Argentina pampeana. Aquel intento de explorar matices no evitó la caída en el maniqueísmo y la simplificación, a la moda.

Tenía y ojeaba libros de Gramsci editados por Lautaro en los años '50, y me detenía en textos de los precursores de esa izquierda nacional, como Jorge Enea Spilimbergo y la seductora prosa de Jorge Abelardo Ramos, a quien conocí en Salta en 1963 y quien, años después, prologó mi libro primerizo. En 1963 me sumé al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN), de cuyo Comité Nacional fui el más joven miembro. A Ramos y Spilimbergo les regalé algún tomo de la monumental obra de Bernardo Frías sobre Güemes. En la tercera edición en dos tomos de **Revolución y Contrarrevolución en la Argentina**, Ramos incorporó información y opiniones históricas de Frías, al que valoró. Spilimbergo escribió luego su valioso ensayo **Güemes y la guerra social americana**. Esta selección, sesgada, no excluyó la lectura del libro de Aldo Ferrer **La economía argentina. Etapas de su desarrollo** y tampoco de **El personalismo**, de Emmanuel Mounier, que editó EUDEBA en sus cuadernos. También habían caído en mis manos libros de Federico Pinedo, Juan B. Justo o Leonardo Paso.

La búsqueda impaciente de respuestas nos hizo confiar en nuestros guías políticos, desdeñando al resto. Si ellos criticaban a Bartolomé Mitre, a Juan B. Justo, Jorge Luis Borges o a Marcelo de Alvear, eso nos evitaba meternos en la obra y en la acción de esos hombres situados de forma clara e irredimible en el campo «cipayo». En mi biblioteca están las huellas de las editoriales y autores que seguí, y ya nombré: Coyoacán, La Siringa y los libros de Peña Lillo, de Jorge Álvarez, Fondo de Cultura Económica, EUDEBA, son los que más recuerdo.

En abril de 1967 invitamos a Arturo Jauretche, que estaba en esos días en Tucumán en la Norte Libros, de Lauro Fagalde —su librería fue la más importante del Noroeste argentino—, a presentar su libro **El medio pelo en la sociedad argentina**. El acto se hizo en el local de FOETRA, el sindicato telefónico, y me atreví allí a hablar de Jauretche y de ese libro en su presencia. Allí entendí que así como las personas nos llevan a los libros, tam-

bién los libros nos acercan a las personas, y los autores que conocimos en papel se hacen de carne y hueso.

PABLO DE SANTIS

PREGUNTA 1: La librería que recuerdo con más cariño era la Fiorentino, legendaria librería de Caballito. Había estado en la Avenida Rivadavia, pero cuando yo la conocí (en 1976, contaba yo con 13 años) ocupaba un pequeño local en Parral y Yerbal. La atendían Enzo Fiorentino y su esposa, que eran amables y pacientes. Había una increíble cantidad de libros raros (ahí compré por ejemplo *El libro de las pipas*, de Dino Buzzati, que sigue siendo una rareza, aun para las librerías italianas) pero lo más importante de la librería era la sección de poesía. Fiorentino había comprado, en la quiebra de la editorial Fabril, todos los ejemplares de la maravillosa colección que dirigía Aldo Pellegrini, quizás los libros mejor editados de la Argentina. Mi madre me regaló el primero (Ungaretti) y yo luego fui comprando los otros: Michaux, Rimbaud, Montale, Pessoa... Tras el cierre de Fiorentino hubo algunos otros intentos (una librería de historia militar, una librería con mucho material de filosofía) pero el local terminó convertido en un lavadero.

PREGUNTA 2: Recuerdo especialmente la colección de literatura argentina del Centro Editor de América Latina, que dirigía Susana Zanetti. En esa editorial empecé a leer algunos autores como Andrés Rivera, Juan José Saer, Elvio Gandolfo, Daniel Moyano, Héctor Tizón, los ensayos de David Viñas... Entre 1980 y 1982, el CEAL de Spivacov publicó una cantidad extraordinaria de ficciones y ensayos argentinos, a pesar de las dificultades y de la monumental quema de libros. Recuerdo también los fascículos, donde se dejaban escuchar no sólo las voces del pasado sino las de quienes estaban escribiendo la literatura argentina en ese mismo momento. Otras colecciones que recuerdo con cariño, y en distintas épocas de la vida, son la «Robin Hood» de Acme, con las portadas de Pablo Pereyra, los policiales que editaba la Bruguera española, bajo la dirección de Juan Martini, la Minotauro, que dio a conocer en Argentina a Bradbury, Ballard y tantos otros autores de ciencia ficción, las ediciones de librería Fausto, que solían contar con extraordinarios prólogos de Jaime Rest y de Carlos Gardini, y «El séptimo círculo» (Emecé), tan abundante en libros rarísimos disfrazados de policial.

FERNANDO DEVOTO

PREGUNTA 1: Llegamos a los libros a través de numerosas mediaciones, unas impersonales otras personales. Una referencia perdida en las notas de un libro que leímos, un elenco bibliográfico, el anaquel de la biblioteca de los padres o de un amigo, un estante de una librería, el programa de una materia, catálogos de novedades (y ahora internet) son algunas de las primeras. Un comentario bibliográfico o la opinión del autor de un libro en el mismo libro (favorables o desfavorables, poco importa ya que a veces las segundas influyen más que las primeras), la opinión o la recomendación de un amigo, un colega, un profesor, un estudiante, un librero, son algunas de las segundas. La preferencia por una u otra vía (y yo he preferido, en general y crecientemente, las impersonales) es idiosincrática. Del mismo modo en que cuando lle-

gamos a una ciudad desconocida nos ponemos a caminar sin orden ni concierto a ver qué descubrimos, u optamos por orientarnos con una guía de turismo o con las recomendaciones de quienes ya estuvieron allí. Admitiré que la primera opción es más razonable, la segunda más imprevisible. Todo ello me sugiere dos observaciones. Una es que las librerías son una de las vías de acceso a lo que leemos, entre otras. La segunda es que hay muchos modos posibles de relacionarse con las librerías, algo así como «los usos de la librería».

Mi relación con los libros y con las librerías fue cambiando a lo largo de los años. Estamos también nosotros en el tiempo. El peso de las opiniones prestigiosas acerca de qué leer fue disminuyendo en mí con los años (no porque pensase que aquellas habían dejado de serlo) y la búsqueda personal reemplazó al canon. Ello indica que también cambió mi relación con las librerías y con los libreros. De una mayor atención a los segundos pasé a prestar más atención a las primeras, vistas como un lugar en el que uno podía curiosear libremente muchos libros, y eventualmente comprar alguno, con algo más de argumentos que el simple título de un catálogo.

Mi relación con las librerías tuvo asimismo muchas fases y diferentes intensidades pero creo, haciendo un balance, que el momento más fecundo coincidió con mi período de estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras, en la primera mitad de los años setenta. En torno al edificio de la calle Independencia existían numerosas librerías y la preferencia de estudiantes y profesores por unas o por otras mostraba algunos rasgos de las diferentes sociabilidades políticas que allí existían. Desde luego que ningún lugar era exclusivo, pero los ámbitos nacional-populares tenían una mayor propensión a frecuentar Cimarrón de Miguel Hurst (en la esquina de Independencia y Urquiza) o Biblos de Javier y Ricardo (a la vuelta por Urquiza). Aunque yo recuerdo que también las frecuentaba, en especial la segunda, más ordenada y amigable, mis preferencias iban sin duda hacia otra, Trilce. Era, en mi opinión, la librería más bonita y mejor arreglada, la más grande y espaciosa, con su amplia parte central sin incómodas «bancarelas». El tiempo transcurría en ella más lenta y amigablemente por el carácter de sus propietarios, Isabel Valencia y Horacio Fernández, y ayudado por el hecho de que allí no vendían ni apuntes ni clases desgrabadas, sino solamente libros. Ello favorecía un menor tránsito y, a la vez, una mayor comodidad para hojear los libros y una mayor sociabilidad entre los frequentadores del lugar. La alentaba también el tablero de ajedrez que Horacio tenía sobre el mostrador y las partidas que allí se jugaban entre él y otros visitantes. Entre jugadores y curiosos se armaba siempre un pequeño grupito. Recuerdo entre los observadores ocasionales a Juan Caros Portantiero, Mario Margulis y Fernando Álvarez. Será aquel lugar siempre para mí la librería modélica de un tiempo que fue. Época en que toda librería debía incluir alguna forma de tertulia. Isabel y Horacio eran dos personas muy diferentes. Ella era del ambiente de la Facultad, una intelectual y una militante y, aunque reservada, siempre establecía algunas complicidades (recuerdo, entre otros comentarios al pasar, escuetos pero reveladores, sobre la actualidad o sobre los libros, uno sobrio pero entusiasta acerca de Fermín Chávez ante una pregunta mía acerca de una obra que estaba hojeando). Fue secuestrada y luego desapareció, en un atardecer de invierno (un lunes, tal vez) de 1976, estando



yo en la librería. Horacio no era del mundo de la Facultad, y además mucho no le interesaba esa fauna a la que miraba con un dejo de simpática ironía. Había trabajado toda su vida, si no recuerdo mal, en el ámbito de libros, distribuidores y editores. No daba opiniones ni consejos sobre ellos pero sí sabía decir bien quiénes otros habían comprado el mismo libro que uno había adquirido y hasta cuántos ejemplares había vendido. Una vez, al comprarle yo el **Mediterráneo** de Braudel (en su primera edición), me dijo que en toda su vida de librero ése era el segundo que vendía, y que el primero se lo había vendido a Enrique Tándeter.

La desaparición de Isabel y el sombrío clima de ese tiempo llevaron a la declinación de la librería (paralelamente a la de la Facultad). Poco luego, Horacio decidió cerrarla. Lo vi todavía algunas veces en el Club San Lorenzo, al que me invitó a jugar torneos de ajedrez. Supe luego que al tiempo también él desapareció. Con los años encontré nuevamente a Camilo, el hijo de ambos que tenía entonces alrededor de 9 años y pasaba parte de su tiempo post escolar en el patio que había detrás de la librería. Como su padre, se vinculó con el mundo de los libros a través de una imprenta de su propiedad, y ahora ha creado él también una editorial a la que ha llamado nuevamente «Trilce». ¡Suerte con los libros, Camilo!

Con los años conocí y frecuenté otras librerías en otras latitudes. Casi nunca establecí relaciones con los libreros o los empleados. Iba, entraba, permanecía largo rato curioseando libros y compraba. Algunas eran librerías generales, otras especializadas, y con el tiempo me parece que es una buena combinación frecuentar ambas. Así, en Roma, Tombolini en Piazza Venezia (que me fuera indicada por Renzo De Felice) tenía casi todo lo que uno pudiera necesitar en temas históricos, y Rinascita (en *via delle Botteghe Oscure*) o Rizzoli (en *via Tomacelli*), más amplias y espaciosas, tenían un poco de todo. La misma combinación la experimenté en París entre PUF, en la Plaza de la Sorbona, en tiempos en que Historia estaba en el subsuelo, y Jean Touzot en Plaza Saint Suplice (esta última tenía también casi todo, incluidas no pocas cosas del siglo XIX). En Touzot y Tombolini uno debía saber lo que quería, ya que no había ni muchos libros visibles ni mucha paciencia en los empleados. En Rinascita recuerdo a un señor muy elegante con terno, que compraba enormes cantidades de libros de historia y ciencias sociales. Su rostro me resultaba familiar y luego lo identifiqué, era Bruno Trentin, que había sido secretario general de la FIOM (metalmecánicos) y luego lo sería de la CGIL. Pensé entonces, con melancolía, en las enormes diferencias entre la Argentina e Italia (y ahora que escribo estas líneas entre aquella Italia y la de ahora). Quizás a ese elenco haya que agregar todavía a Marcial Pons en Madrid, en la Plaza del Conde del Valle de Suchil, cuyos catálogos de novedades además jugaron un papel tan importante en tiempos pasados.

En Argentina no me he hecho aficionado a otras librerías. Desde luego que siempre he ido a Platero desde mis tiempos de estudiante a buscar libros viejos, y en las últimas dos décadas he preferido ir a una librería cerca de mi casa, La Boutique del Libro, de Martínez, con propietarios amigables que tienen lo más importante y me dejan mirar libre y pausadamente en sus anaqueles. Biblos en Puán es también otro de mis hábitos. Las librerías especializadas, en cambio, tienen ya tantas cosas, con la inverosímil expansión de las obras publicadas gracias a que tantos historia-

dores hacen ahora como los poetas de antaño: pagan (o hacen pagar a su institución) aquello que producen. ¿Qué librería podrá albergar tantos libros y cómo orientarse entre ellos? Y aún en ese caso, ¿dónde encontrar el tiempo para leerlos? Siempre está allí la «ley» de Gerschenkron (cuántos libros puede leer una persona a lo largo de su vida, basta calcular cuántos por semana, multiplicar por 52 y luego volver a multiplicar, digamos por treinta o cuarenta años).

PREGUNTA 2: La pregunta acerca de la importancia de las casas editoriales en la formación personal es para mí de más difícil respuesta. Muchas grandes editoriales, aunque influyentes, fueron empresas demasiado adheridas a una época, y sus catálogos envejecieron mucho o se revelaron, con el tiempo, excesivamente estrechos en sus opciones. La posibilidad de un balance suprime o disminuye, inevitablemente, la temporalidad del sujeto. Desde este balance ex post, creo que entre las editoriales que ofrecían un repertorio variado que incluía un buen número de libros de historia que hoy llamaríamos *clásicos*, Fondo de Cultura Económica de México era la que poseía el catálogo, a mis ojos actuales, más interesante. Los breviaros y los libros grandes en tapas negras (o no) pueblan mi biblioteca de obras que considero justamente importantes. Quizás a ella haya que agregar Siglo XXI en algunas de sus épocas y sedes (y ciertamente en la actual de Argentina) y EUDEBA, en su producción de los años de Spivacow.

En el contexto internacional, creo que la editorial más influyente en mí, por su apertura a temas y corrientes muy diversas (y por su capacidad de traducción), y en especial a las ciencias sociales, fue Il Mulino, creada por un grupo de profesores universitarios en Bologna. Ciertamente, es difícil olvidar a Einaudi (en la época Einaudi) o a Laterza, pero, más allá de la innegable calidad de tantos de sus libros, algo esas empresas tenían de datado o de estrecho que limitaba a veces su capacidad de percibir los cambios de clima historiográfico o de abrirse a otras tradiciones internacionales. Y todavía quizás se podría agregar a tres editoriales más pequeñas y originales, Marsilio de Pádova, Guida de Nápoles (en su origen una emblemática librería en la que se reunían muchos intelectuales antifascistas, incluido Croce) y, recientemente, Donzelli. En Francia es complicada la elección pero, y pese al carácter también segmentado de su gusto (agravado por la ligazón con la «movida» intelectual parisina), es difícil relativizar el papel de un nombre de leyenda: la «Bibliothèque des Histoires» de Gallimard. Desde luego, otras editoriales con catálogos más abiertos deben agregarse, de Fayard a Flammarion y de ésta a Seuil. En el caso español, creo que a Crítica se le aplican (agravadas) las consideraciones hechas a propósito de Einaudi y, más allá de los innegables libros de gran valor que editó, prefería o prefiero otras como Ariel, Península o Taurus y, más recientemente, las publicaciones de la Universidad de Valencia y la colección de Historia que un grupo plural de destacados historiadores españoles dirige en Marcial Pons. En el mundo anglosajón, con todas sus editoriales universitarias, me es más difícil escoger. Por señalar una, indicaría Cambridge University Press. Y, finalmente, un recuerdo para nuestra vecina Banda Oriental.

Ciertamente el panorama presentado no hace justicia a muchas otras casas editoriales cuyos libros influyeron sobre nosotros.

Refleja nuestro presente más que nuestros pasados y está sometido a la memoria y el olvido que son, a la vez, selectivos y arbitrarios. Ciertamente también, suelen brindar (las reconocidas) un plus de prestigio a los libros que publican. Sin embargo, el valor de ellos es, a la larga o a la corta, independiente del editor (y también del autor); pertenece al misterioso mundo de los lectores.

TORCUATO DI TELLA

PREGUNTA 1: El Ateneo, de la calle Florida. No recuerdo personas. La «librería de los dos franceses» de la calle Tucumán al 500, que creo se llamaba Galatea. Los vendedores con quienes yo hablaba o a los que pedía información eran «los dos franceses».

PREGUNTA 2: Fondo de Cultura Económica, desde los años cincuenta hasta ahora. Siglo XXI (especialmente la sección argentina de la casa española).

JORGE DOTTI

PREGUNTA 1: Ciertamente hubo, pero fundamentalmente en Roma. En Buenos Aires, a partir de la adolescencia, recuerdo sobre todo Quartier Latin, donde no sé si «intelectuales» pero sí conocedores de la bibliografía filosófica académica (lo cual sigo agradeciéndoles) eran sus dueños; una pareja de rusos políglotas, sobre todo ella. Se podía acceder a obras clave en las cuatro lenguas en que cabía leer filosofía (precaución o imperativo aún en vigencia, aunque ya menos excluyente). Para obras en español estaba Verbum, que me resultaba muy localista aunque su *factotum* (me avergüenzo de haber olvidado su nombre) era una figura significativa y gentil. También Galatea, una joya circunscripta a lo francés, con todo lo bueno y todo lo malo que eso significa/ba (incólume en su fortaleza iconográfica, el poster de Gerard Philippe *bibliófago*). En San Martín y Viamonte, en un subsuelo, había otra atrayente. Años después tuve un interlocutor en Nacho Zoppi, a lo largo de las distintas librerías a las cuales atraía lectores, fueran o no compradores. Con la democracia, Gandhi fue un foco. Desde hace unos cuantos años, visito Prometeo (de notable labor editorial además), La Mancha y últimamente también Arcadia; menos seguido Guadalquivir. La producción en español que ofrecen es notable.

Pero las más importantes para mí fueron varias librerías romanas, que menciono pese a creer que son referencias ajenas a la constelación focalizada por esta encuesta. Tombolini, Herder, Feltrinelli, Editori Riuniti (en el macizo templo de Botteghe Oscure); de otras, como una maoísta y otra trotskista, y también de algunas más, olvidé el nombre. Por lo demás, la mayoría ya no existe. Siempre, hasta el día de hoy, las librerías de usados; pero los *bouquinistes* que me deslumbraron hace casi medio siglo fueron los de los quioscos de Tribunales. Por entonces, en todas estas librerías de viejo se conseguía mucho; hoy, para mis intereses, casi nada.

PREGUNTA 2: En la primera adolescencia, y sólo para novelas, EUDEBA, Sudamericana y eventualmente alguna otra, aunque en casos aislados; más tarde, sobre todo al incorporar la ensayística sobre historia de las ideas argentinas, Centro Editor, sin excluir alguna otra editorial, para ciertas obras en particular (Siglo XXI, v.g.). En el caso del CEAL, lo decisivo para mí fueron los contactos personales y amistosos con intelectuales clave, ligados variadamen-

te a sus actividades, y las lecturas que se me hicieron consecuentemente obligatorias.

En el ámbito filosófico, aprecio lo que en su momento hizo la Editorial Charcas, y destaco la tarea que ahora lleva a cabo Hydra, donde deposito también mis afectos. Hay nuevas editoriales cuya oferta filosófica es importante, pero no es (salvo contadas excepciones) la temática que me hace sentir culpable si la ignoro. Reconozco que, para mis intereses, un rol central tuvieron y tienen editoriales extranjeras, que no cabe mencionar.

ALEJANDRO EUJANIÁN

PREGUNTA 1: Mi formación profesional comienza en el año 84, pero voy a contestar las preguntas con un concepto amplio de formación, que excede la estrictamente disciplinar. Sobre todo porque influye en las respuestas. El libro nuevo para mí era muy excepcional, y por cuestiones de dinero tenía que pensar bien qué compraba. Para las lecturas disciplinares, recurría a los libros prestados, fotocopias y lo poco que se podía conseguir en biblioteca. Pero en general, el acceso a los textos, más que libros, era a través de los profesores. En cambio, trataba de comprar, porque los leía, marcaba y quería conservar, los libros de ciencias sociales y literatura.

En cuanto a las librerías, también una distinción. Compraba, y lo sigo haciendo, muchos libros usados. Casi toda mi biblioteca conserva esa textura y aroma. Pero allí no participé de ninguna sociabilidad especial. Entraba, revolví, pagaba y me iba. En cuanto a las librerías de «nuevos», pasaba mucho tiempo, pero compraba poco y en cómodas cuotas. Sobre todo en una librería cuyas dueñas eran profesoras de la Facultad de Ciencias Políticas y que estaba atendida por amigos; sin duda allí conocí gente. Pero no lo recuerdo como un ámbito de sociabilidad intelectual sino como un lugar amable y en el que me sentía cómodo. Todavía sigo necesitando esto en una librería, un ambiente amable y casi familiar, y no me acostumbro a comprar en las grandes cadenas. Como espacio para conocer gente, mucho más importante fue la Facultad de Humanidades y los bares de los alrededores, por los que en esos años circulaban más o menos todos los habitantes de la aldea — por no decir *campo* y mucho menos *mundo*— cultural rosarina.

PREGUNTA 2: No pensaba tanto en editoriales, aunque leía casi todo lo de Anagrama en literatura; Fondo de Cultura o Alianza eran las referencias en ciencias sociales. Todavía recuerdo las excelentes tapas de Alianza de aquellos años. Como dije antes, casi exclusivamente la biblioteca de mi formación profesional la armaron mis profesores, y tuve la suerte de contar con muchos de ellos que nos habilitaron una lectura amplia, variada y renovada. Pero en cuanto a esa formación más amplia que fue la que orientó mis trabajos luego, más que las editoriales y las materias que cursaba fueron las revistas las que influyeron en mis lecturas. Hasta comienzos de los '80, las revistas eran el medio más familiar para mí: de **Isidoro al Tony**, y de **Humor a El Porteño**. Un poco después **Punto de Vista**. Creo que fue por esta última que llegué a los autores que más me interesaban: Foucault, Barthes, Paul Veyne, Derrida, Bourdieu y Williams, entre otros, pero no muchos más. Autores a los que veía como un medio para la crítica de una historiografía que, a comienzos de los '80, estaba aquí muy influida por los deba-

tes interrumpidos de los '60 y '70; por ejemplo las discusiones sobre los modos de producción, la transición al capitalismo, etc.. Cuestiones que, debo confesar, no suponían en ese momento para mí ningún problema relevante y a las que años después, por un interés historiográfico, pude dotar de sentido.

JOSÉ PABLO FEINMANN

PREGUNTA 1: Mi formación universitaria empezó en la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte. Andaba por ahí en 1961. Era muy pibe. No me decidía por nada. Pero en 1962 me inscribí en filosofía. Hice todas las materias optativas en la carrera de letras. Y hasta me pasé a letras durante dos años en los que me aburrí mucho. Volví a filosofía. Fueron muy buenos años. Estudiaba como un poseído. Y era amigo de Enrique Pezzoni, Víctor Massuh (que era joven, generoso y, aunque fuertemente antimarxista y antiperonista, nada hacía prever sus opciones posteriores que, creo, arruinaron su vida desde que regresó a la Argentina en 1984), Conrado Eggers Lan, Guillermina Camusso, Nelly Schanith y Ansgar Klein, que influyó mucho en mis estudios sobre Hegel. Con Guillermina hicimos un seminario sobre Sartre que duró un año. Durante el verano de 1967 (luego de ese seminario que se desarrolló durante 1966, con la interrupción del golpe de Onganía) leí íntegramente la **Crítica de la razón dialéctica**. Empezaba a las cinco de la tarde y terminaba a las cinco de la mañana. En esas 12 horas leía alrededor de 76 páginas. Pero tomaba miles de notas. Como sabía que Sartre la había escrito ayudándose con anfetaminas también recurrí a ese recurso. Tomé Dexedrina spansule y Dexamil (unas pastillas verdes con forma de corazón). Pero nunca exageradamente. La **Crítica** había sido editada por Losada, que publicaba muchos libros de filosofía y lingüística, de color amarillo. De modo que Losada fue muy importante en mi formación. Después hice las cosas previsibles de ese tiempo aunque con seriedad y trabajo. Leí la obra de Marx **El Capital** en la edición de Fondo de Cultura Económica, que tenía tres tomos. Durante la dictadura quemé el primero, que tenía todas mis notas, y creo que fue un acto de increíble autodestrucción.

Conocí a algunos intelectuales, pero no trascendieron. Eso me duele porque esperaba mucho de ellos. Recuerdo a Oscar Terán, pero era mayor que yo, o León Rozichtner. Las librerías de la calle Viamonte eran Galatea, Letras y los libros marxistas se compraban en la facultad en una especie de guarida que tenía Abel Langer, a quien menciono en mi novela **La astucia de la razón**, que narra esos años, entre otras cosas. Los libros que le compré a Abel todavía los tengo y los uso. Son las ediciones en Lenguas Extranjeras de la Unión Soviética. Y son entrañables para mí. Sólo recuerdo a una señora con sobrepeso que atendía la librería Letras. También estaba (en la calle Córdoba) Quartier Latin, donde compraba los libros en francés. Ahí compré **Pour Marx** y **Lire le Capital** en las ediciones de François Maspero. Fue a fines de 1965. Me volví estructuralista. Un fervoroso althusseriano. ¡Las cosas que hace uno en la vida! La **Fenomenología del Espíritu** la leí en la edición de Fondo de Cultura Económica, también Heidegger y Merleau-Ponty. En literatura, fue importante Sudamericana con **Rayuela** (de la que no recuerdo *nada*) y **Cien años de soledad**, que nunca me interesó. Detesté siempre el realismo mágico. Hay miles de cosas más pero sería interminable. Luego leí y distribuí

en la facultad (ya en la calle Independencia) el periódico de la CGT de los Argentinos, y leí a Walsh, que me interesó.

PREGUNTA 2: Creo que está dicho. Las editoriales fueron Losada, Sur, Emecé, Jorge Álvarez, Siglo XXI, Fondo de Cultura Económica, Grijalbo, Sudamericana, Ediciones de la Flor y algunas otras muy pequeñas que llevaban los nombres de sus propietarios. Fueron la base de nuestra formación. Y también los libros en francés, aunque yo no era un fanático de los idiomas. El resto ya era escribir. Mis ensayos eran buenos y muy serios, valorados por los profesores, pero mis ficciones no valían mucho. Me faltaba entrelazarlas con el cine; cuando lo hice se dispararon. Desde pibe me dijeron que escribía bien. Eso marcó mi vida. Yo también advertía mi facilidad y encontraba un fuerte goce en esa práctica. Cierta vez, en una reunión de profesores (yo era un principiante aún en la carrera, pero algunos profesores me distinguían invitándome a cenar y dialogaban conmigo, algo que acentuaba mi tonta petulancia juvenil), uno dijo en voz muy alta: «¿Vieron cómo escribe este chico? ¡Es música!». Fue música para mis oídos. Y fueron hermosos esos años. Después vendrían los de la militancia, los del sonido y la furia, los del fracaso, los de la muerte. Pero ese tesoro de los años de formación siempre está conmigo.

ELVIO GANDOLFO

PREGUNTA 1: En Rosario, una librería fundamental para muchos en los años de mi formación inicial fue Aries, que dirigía Rubén Sevelev, con un socio encargado de la difícil administración, de apellido Papalardo, y con una serie de empleados como Samuel Wolpin (de la revista **El lagrimal trifurca**) y Carlitos Schorck (de la revista **Setecientosmonos**). Tenía materiales infrecuentes, como una colección completa de **Poesía Buenos Aires**, que adquirí allí. Más tarde fue igualmente central la librería Signos, más moderna, inclinada a materiales académicos y con un diseño (en su segundo local) digno de la época de una película de Kubrick o James Bond, con una sinuosa pared metálica y amarilla. La dirigía sobre todo Juan Martini, y también en ella trabajaron diversos conocidos y amigos. Ahora recuerdo en especial a Nora Catelli, que luego se exilió en España, donde todavía vive. En Buenos Aires me gustaban mucho las librerías que trataban bien a nuestra revista, **El lagrimal trifurca**, entre las que recuerdo a Casavalle, Norte y Galatea (¡inolvidables franchutes: uno muy amable y otro muy seco y más petiso!). Más tarde, durante muchos años, la librería Premier cuando estaba en la calle Corrientes, con gente como Víctor Pesce, Ricky y otros. Pasaban por allí a menudo Levrero (cuando vivió en Buenos Aires), Ricardo Piglia y otros, observados por la mirada bondadosa de «el pelado» García, también editor (del último libro de Amalia Jamilis, por ejemplo). Había otra librería, misteriosa, en Corrientes pasando Callao, yendo desde el centro: era el único lugar donde siempre había algo raro o bueno de ciencia ficción, o la revista **Cuasar**, que no se conseguía en casi ningún otro sitio. Desde siempre ha sido clave también la enorme librería de saldos Libertador, por la que siempre paso por si han puesto algo nuevo. Ya ahora, en Palermo, paso a menudo por Miles y por la que era antes La Boutique del Libro. Un centro, primero cercano, después un poco más lejos, ha sido siempre La Internacional Argentina de Francisco Garamona, donde he

tenido grandes charlas con Francisco y Laura, y Sergio Bizzio, Ricardo Strafaccé, muy de vez en cuando con Fogwill (nos veíamos mucho más seguido en el desaparecido bar El Taller), y una larga serie de poetas, narradores y diletantes. Montevideo tiene algo excepcional que es la calle Tristán Narvaja, cargada de librerías. Durante años fueron fundamentales Rubén (de libros viejos, después dividida en otras dos librerías de las que prefiero Cooperativa del Cordón), y la librería La ciudad, primero manejada por Carlos Gutiérrez y Walter Comas. Este último se fue a España; cuando volvió después de unos años fundó Rayuela, central durante muchos años, hasta su muerte reciente, y adquirida poco antes por C. Gutiérrez, que la convirtió en Minerva 2 (la 1 es hoy la que había sido La Ciudad). Las menciono a todas porque estoy lejos de haber terminado mi formación. Y seguramente faltan varias de las que me acordaré en los días siguientes.

PREGUNTA 2: Aquí la lista sería interminable. En lo laberíntico y marcador por su impulso y abundancia están ante todo la vieja EUDEBA y el Centro Editor de América Latina. Después las grandes colecciones completistas y masivas, desde la colección «Austral», pasando por «Alianza de Bolsillo», hasta la actual colección blanca de Cátedra. En poesía, las colecciones «Los poetas» de Fabril, y las finísimas ediciones de Assandri de Córdoba. O las de Fausto, tanto en poesía como en narrativa. En buena parte, para mí han sido tan importantes las revistas como las editoriales: **Eco Contemporáneo**, **Diario de poesía**, **El corno emplumado** de México, **Más Allá**, **V de Vian**, **Magazine Littéraire** (que compré durante décadas), **Investigación y ciencia** (traducción de **Scientific American**), actualmente **Las ranas**, hasta no hace mucho **Tsé tsé**. En Uruguay el sello Banda Oriental tiene una colección de Lectores con tirada grande (por suscripción), con muchas decenas de títulos de todo tipo. También la vieja Rueda, algunas de cuyas traducciones de Faulkner (**Luz de agosto**, por ejemplo) o Joyce eran las mejores. O Siglo Veinte, con otra de Burroughs (**Almuerzo desnudo**) también muy buena. Las recuerdo porque leí muchos otros títulos de esos sellos que ahora he borrado de mi memoria. También, desde luego, Minotauro, y las colecciones de policíales «El Séptimo Círculo» y la que dirigió Piglia, «Serie Negra».

P.D. ahora pienso que **Luz de agosto** era de Siglo Veinte. Todo esto fue contestado según funciona la memoria, sin mucha tardanza ni re-memoración.

ROBERTO GARGARELLA

Pregunta 1: Recuerdo que cuando empecé a frecuentar el centro de la ciudad terminaba la dictadura, y yo acostumbraba a caminar por las librerías de la calle Corrientes y zonas cercanas. Ahora me vienen a la memoria, especialmente, tres de esas librerías. Ante todo, mencionaré a Hernández, por un episodio aparentemente menor, pero decisivo en mi vida. Yo era un ávido lector de historia, sobre todo de historia argentina, pero todo lo que había consumido hasta esos años de fin de régimen eran materiales de la historia oficial. Recuerdo, en los tiempos posteriores a la derrota en Malvinas, entrar en la librería Hernández y ver, sobre una mesa, una cantidad extraordinaria de libros viejos, con títulos como **Manual de la guerra de guerrillas**, **Escritos de Mao Tse Tung** y

centenares de libros sobre marxismo. Quedé pálido y tembloroso de emoción ante el descubrimiento. No por la idea de que allí estaba la verdad oculta que yo no había conocido hasta entonces (aunque algo de esto era cierto) sino simplemente por reconocer que había un mundo entero de lecturas que me eran por completo ajenas, que me habían sido directamente negadas. De la misma época recuerdo otra sorpresa mayúscula, que se produjo cuando conocí a la librería Galerna. En este caso, me conmovió ver la —para ese entonces— notable selección de material que tenían allí, en el área de ciencias sociales. Al poco tiempo, yo comenzaría a estudiar sociología y Galerna pasaría a ser un lugar de visita obligada, en donde encontrar lo que no encontraba en las habituales librerías de paso. Finalmente, mencionaré a la Gandhi, en aquel tiempo sobre la calle Montevideo, que fue la librería que adopté como propia. Por entonces, el local estaba a cargo de Jorge Tula, con quien solía conversar y con quien trabé una buena relación que se prolongó en el Club de Cultura Socialista. Las dos primeras librerías citadas fueron mis librerías de iniciación. La Gandhi, en cambio, fue la librería de la que me hice habitué y donde quedó instalado todo mi afecto libresco. Como *bonus track*, mencionaré a una pequeña librería, armada de modo casi artesanal y escondida en los pasillos oscuros de la galería Recamier, en Belgrano. La librería era atendida por un esforzado y joven librero y su hermosísima sobrina. La selección de libros que tenían era sorprendente, pero en este momento no recuerdo si era ésta la razón principal de mis habituales visitas a la misma.

PREGUNTA 2: Dado el momento en que comencé a relacionarme con las librerías —finales de la dictadura—, mi repentina fascinación por la izquierda de las ciencias sociales y mi temprano ingreso en la carrera de sociología, hubo algunas editoriales que, sin dudas, marcaron mi juventud universitaria: Amorrortu, con sus libros amarillos, de donde leí, por caso, a Erving Goffman y **La presentación de la persona en la vida cotidiana**; y, sobre todo, Siglo XXI, de donde leí con la boca abierta, por caso, a Marta Harnecker y **Los conceptos elementales del materialismo histórico**, o **Las venas abiertas de América Latina**, dos bombas de tiempo que estallaron dentro de mi cabeza.

ADRIÁN GORELIK

PREGUNTA 1: Hay una librería que marcó especialmente mi iniciación, el pasaje, podríamos decir, a comienzos de los años ochenta, de la arquitectura a la historia: Concentra, primero en su local de Maipú y Viamonte y luego en el de la calle Montevideo entre Charcas y Paraguay, en la planta baja de la Sociedad Central de Arquitectos, donde todavía sigue funcionando. Raquel Reich, su dueña, nos dejaba pagar los carísimos libros de historia de la arquitectura en cuotas anotadas en unas tarjetas de cartón dobladas al medio (en nuestro mundo todavía no existía la tarjeta de crédito, y ahora que existe, Raquel sigue anotando en tarjetitas unas especies de puntos que les otorga a los compradores frecuentes, sin que eso se traduzca necesariamente en ninguna rebaja perceptible). A partir de su mudanza a la SCA, en 1988, Concentra se convirtió en el paso obligado antes y después de nuestras reuniones (allí funcionó hasta aquellos años el programa de historia que había armado Pancho Liernur a comienzos de los ochenta) y

de las estadias en su biblioteca; recuerdo muy bien la presencia asidua en aquellos años de Ernesto Katzenstein, siempre curioso y prodigando displicentemente su asombroso saber sobre todo lo que tuviera forma.

En los primeros ochenta, el resto de los libros que no eran de arquitectura los compraba en las librerías de Corrientes, como Hernández, Fausto o Lorraine (pese a su tamaño ínfimo, que hacía imposible quedarse mirando libros adentro; y revisando ahora algunos libros comprados entonces me sorprende al descubrir que esa misma librería publicaba en los años setenta las Ediciones Fichas con los libros de Milcíades Peña que yo perseguía hacia 1980 en las librerías de saldos). Y, por supuesto, en las «librerías de usados», por Rodríguez Peña, Paraná o Sarmiento, o en los puestos del Parque Rivadavia. En ese entonces no diferenciaba las librerías de acuerdo a si buscaba libros de ciencias sociales, historia o filosofía, o ensayos y literatura *tout court* (y si como «formación» se cuenta esta última, y en mi caso sin duda debería, tengo que señalar la importancia de esas librerías de Corrientes, donde leí más de un libro de parado, fragmentándolo entre varias de ellas para no delatarme). Pero con la apertura de la Gandhi en la calle Montevideo, en 1984, y de Prometeo un año después en el mismo local donde sigue actualmente, en Corrientes y Riobamba, todo eso cambió: la búsqueda de libros especializados se concentró casi por completo allí y, sobre todo, nació para mí un tipo de trato diferente con los libreros que, hasta entonces, había sido básicamente el de un comprador anónimo. A poco de funcionar la Gandhi ya conocía al Negro Tula, y era muy fácil encontrar a Pancho Aricó y a otra gente del exilio mexicano, a quienes estábamos comenzando a frecuentar en los primeros cursos que daban en el país a su regreso; en Prometeo me llevó un poco más de tiempo, pero luego fue imposible no conocer a Raúl Carioli y a Ricardo, su librero histórico.

De todos los libros que compré en Concentra, Gandhi y Prometeo, hay tres de aquellos años ochenta de los que recuerdo perfectamente el modo en que estaban expuestos en el momento en que los vi y los compré, apenas aparecidos (y quizás la fijación del recuerdo tenga que ver con que estuvieron entre los primeros libros importantes para mí de cuya aparición me pude sentir contemporáneo): en Concentra, **La esfera y el laberinto**, de Manfredo Tafuri (carísimo, comprado con el dinero que acabábamos de cobrar por un trabajo con un amigo, aunque los dos sabíamos perfectamente que el libro iba a ser mío); en Prometeo, **El espejo de la historia**, de Tulio Halperin; y en Gandhi, **Una modernidad periférica**, de Beatriz Sarlo (voy a revisarlos a mi biblioteca para verificar sus años de edición —1984, 1987 y 1988, respectivamente—, y me vuelvo a sorprender notando que ninguno de los tres tiene la estampita de la librería en la primera página, lo que me hace pensar que ese hábito todavía no se había impuesto entre nosotros).

PREGUNTA 2: En esto tampoco voy a ser demasiado original: soy en buena medida el producto de los catálogos de divulgación que organizaron empresas editoriales como las de Boris Spivakov en EUDEBA y el Centro Editor de América Latina. Provengo de una familia en la que se leía mucho y en la que se alentaba la compra de libros, pero sin un plan autónomo de la escuela, de los medios

o del mero azar, ya que no había nadie próximo con una formación propiamente intelectual que pudiera guiarme (mi padre es médico y mi madre había hecho el traductorado de inglés). En ese sentido, las colecciones de EUDEBA, primero, que estaban en casa cuando yo era chico (la «Serie del Siglo y Medio», en la que leí **Los siete platos de arroz con leche**, las crónicas de Fray Mocho y la de los libros ilustrados, de los que conservo todavía la **Guerra al malón**, ilustrada por Carlos Alonso, y el **Fausto**, por Oski), y del Centro Editor después, que íbamos comprando semana a semana (tengo todavía varios de los fascículos de «Capítulo» de entonces y una hilera bastante larga de libritos de la maravillosa «Biblioteca Básica Universal») me organizaron un primer universo de autores y valores literarios. (Para terminar con la niñez y la adolescencia, recuerdo también muy bien la atracción que me producían en la biblioteca de mis padres tres colecciones de clásicos, que asaltaba de modo completamente salvaje: las de Aguilar y El Ateneo, las dos en papel biblia pero la primera con tapas de cuero, y la de los libros más pequeños de Austral/Espasa Calpe. También los libros de Losada, que un tío mío de Mercedes me prestaba —Sartre, Flaubert y toda la poesía—, mientras otra tía me pasaba, libro a libro, toda su colección de «El séptimo círculo» de Emecé.)

Ya en términos de formación un poco más especializada, cuando empecé a armarme mi propia biblioteca en los finales de la Facultad, a comienzos de los ochenta, al Centro Editor (que comenzaba a sacar dentro de «Capítulo» la serie «Sociedad y cultura» con las reediciones de los autores de **Contorno**, José Luis Romero, Héctor Agosti, etc., con esas tapas con fotografías llamativas de Ricardo Figueira —serie que bastante después supe que organizaban Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano) se le sumaron, como editoriales claramente reconocibles por mí en aquel entonces, Siglo XXI y el Fondo de Cultura Económica, con catálogos en los que un título remitía a otro y se podía seguir la trayectoria de algunos autores o el hilo de algunos debates. Esto seguía siendo muy importante en una formación hasta entonces básicamente autodidacta, ya que el hecho de haber estudiado Arquitectura tampoco ayudaba a organizar un plan de estudio y lectura ordenado; en aquel tiempo la Dictadura había impuesto la matriz profundamente antiintelectual que luego siguió caracterizando esa carrera. En ese sentido, creo que los primeros planes más sistemáticos de lectura que seguí, antes de comenzar mi formación como historiador, provinieron de los grupos de estudio de marxismo y de la militancia política, y en ello cumplieron un papel clave las librerías de saldos donde volvían a aparecer a comienzos de los ochenta los libros editados en los sesenta y los setenta por Jorge Álvarez, Nueva Visión, Siglo Veinte o La Pléyade, «los Cuadernos de Pasado y Presente» y buena parte de la producción de esas pequeñas editoriales de la izquierda como Anteo, «Cuadernos de cultura revolucionaria», Fichas, etc., o los libros más viejos de la editorial Claridad.

Por el lado de la arquitectura misma, Gustavo Gili (que entonces tenía una base porteña en Buenos Aires, una especie de depósito en San Telmo en el que se conseguían sus libros un poco más baratos, pero al contado) dominaba por completo, con la sola competencia de los viejos libros de Nueva Visión o Infinito, cuyos pequeños y excelentes catálogos (Mumford, Panofsky, Pevsner, Argan, Banham) sobrevivían a precio de saldo en Concentra. Y

simplemente para añadir una experiencia que puede dar cuenta del clima bibliográfico de aquellos primeros ochenta, recuerdo dos detalles: las irresistibles tapas blancas de los libros de Walter Benjamin editados por Taurus (con la traducción y los prólogos de Jesús Aguirre que fueron luego bastante criticados), con los que intentaba completar la colección iniciada casi casualmente con el librito sobre Brecht editado por Arca de Montevideo, y continuada luego con el **Angelus Novus** traducido por Murena que un amigo me regaló, aunque no en la edición original de Sur, sino en la que sacó Edhasa en España a comienzos de los años setenta; y los libros de la serie «Comunicación» que editaba Alberto Corazón, con sus tapas de cartón duro, su encuadernación artesanal y su llamativa tipografía de stencil —todo lo cual les daba un estudiado aire de clandestinidad—, con traducciones mayormente del italiano sobre lingüística y marxismo, o con debates y revisiones sobre la Unión Soviética (y como en la serie había varios títulos sobre arquitectura, ciudad o planificación, también se conseguían a precio de saldo en Concentra).

Ya entrados los ochenta, para mi dedicación a la historia argentina fueron muy importantes las colecciones temáticas o de reediciones que se vendían en los kioscos de Hyspamérica (la «Biblioteca Argentina de Historia y Política», que veo ahora que estaba dirigida por Pablo Costantini) y nuevamente el Centro Editor (los libros negros de la «Biblioteca Política Argentina», dirigida por Oscar Troncoso, o los blancos y rojos de «Los fundamentos de las ciencias del hombre», dirigida por Ricardo Figueira). Especialmente las reediciones permitían que alguien como yo se armase una biblioteca básica de clásicos argentinos por unos pocos pesos. Y lo mismo cabría decir de los clásicos del pensamiento social y la filosofía, que ponía en los kioscos también Hyspamérica (con tapas duras azules) o Planeta-Agostini («Obras maestras del Pensamiento Contemporáneo», con tapas blandas granate o duras marrones). Y supongo que, aunque las librerías han sido siempre muy importantes para mí, eso no hizo sino aumentar un idilio por los kioscos que continúa vivo, a pesar de todos los cambios que han sufrido.

TULIO HALPERIN DONGHI

PREGUNTA 1: De todo mi aprecio: Tiene toda la razón en insistir con las preguntas de su encuesta, ya que debiera haber contestado hace rato. No lo hice porque no sabía qué contestar; nunca he participado en tertulias de ninguna librería. Visitaba bastante seguido las de Viamonte (Verbum, Clio, Letras, Galatea) tanto como estudiante de Historia como después, cuando empecé a enseñar en la Facultad, y a menudo me encontraba allí con alguien conocido, y supongo que charlábamos de cualquier cosa porque no puedo recordar ningún tema específico, pero todo eso pesaba mucho menos que los encuentros en el Bar Florida, también sobre Viamonte, y en el café Jockey Club de Florida y Viamonte. Estrujándome la memoria descubro que lo más parecido a lo que me pide son mis visitas a Fondo de Cultura cuando estudiaba Derecho e Historia, durante el primer peronismo. Allí cuando tenía dinero compré bastantes cosas (con descuento) y charlaba bastante con la gerente, Delia Etcheverry, una socialista de La Plata (vieja amiga y correligionaria de Arnaldo Orfila, entonces en México y gerente de la editorial) que era una encantadora solterona y

maestra sarmientina, de una rectitud (e ingenuidad) a toda prueba, a la que habían echado de su puesto en la escuela Mary Graham después de que dio a leer a sus alumnas **Amores Bolcheviques** y **Paso Al Eros Alado**, dos obras de Alexandra Kollontay, ya para entonces embajadora soviética en Suecia y que según Lenin tenía el problema de que nunca había logrado distinguir entre el bolchevismo y la pornografía. Delia había temerariamente decidido cumplir con su deber de esclarecer a sus estudiantas en ese delicado tema cuando ya el año cuarenta corría. Pero con ella no hablaba de temas culturales o ideológicos (en ese campo ella estaba bastante cerca de su padre, Rómulo Etcheverry, un caudillo conservador —creo que hay todavía una estación en la línea a La Plata que lleva su nombre— que celebró la ley de matrimonio civil haciendo casar por civil a todos sus peones, ahora que podían hacerlo sin pagar tributo al oscurantismo). Ahora que lo pienso, lo que compraba allí tuvo bastante que ver con mi formación, así que queda para la pregunta siguiente. Lo que habíamos tenía más bien que ver con la situación cada vez más sofocante debida a la consolidación del peronismo, que nos llevaba a ocupar tanto de nuestro tiempo en chismes de cesantes.

PREGUNTA 2: Paso entonces a la segunda pregunta. Como decía, en buena medida me desasné en los temas que comenzaban a ocuparme en lo que publicaba o distribuía el Fondo de Cultura, básicamente lo que había programado Ortega seguir publicando con el sello de Revista de Occidente y lo hacían sus discípulos refugiados en México: todo Dilthey, que no entiendo cómo no sólo compré, sino leí religiosamente, y cosas de Cassirer, Meinecke y Groethuisen, más lo que los alumnos de Gaos publicaron bajo el sello del Colegio de México sobre la ilustración en México e Hispanoamérica.

Otra librería en la que compré mucho fue Ciencia de Rosario, cuando enseñaba allí a fines de los cincuenta. Pero, de nuevo, no había en esa clásica librería de viejo ninguna tertulia, el dueño era bastante iletrado y por suerte tenía una idea bastante imprecisa de lo que valía lo que tenía en sus estanterías, lo que me permitió adquirir las pocas cosas valiosas que incluye mi Biblioteca como el **Registro Oficial de la Provincia** y luego **Estado de Buenos Aires** y algunas otras cosas por el estilo.

Y esto es todo lo que puedo decirle, que como usted ve es bien poco. Dele por favor mis más cordiales saludos a Horacio, y mis mejores deseos para ese milagro argentino que es el CEDIN-Cl. Muy cordialmente suyo, Tulio Halperin Donghi.

ROBERTO JACOBY

PREGUNTA 1: Las librerías de la época que visitaba eran Galatea, especializada en libros de arte, Jorge Álvarez, Pedro Sirera. Más adelante Siglo XXI y Tiempo Contemporáneo. No tuve relación con quienes atendían pero sí recuerdo a algunos, excepto con Jorge Álvarez. En esa última vi a muchos de los intelectuales de la época que solían pasar o reunirse por allí, García Lupo, Viñas, Pirí Lugones. A Germán García también, pero a él lo conocía de otra librería cuyo nombre no recuerdo.

PREGUNTA 2: No podría decirlo, mis lecturas fueron sumamente desordenadas.

NOÉ JITRIK

PREGUNTA 1: La primera librería que suscitó mi atención estaba en la calle Triunvirato, antes de que pasara a integrarse a la más notoria y anhelada Corrientes: casi no tenía nombre o no lo recuerdo, puedo creer que era la antigua de Manuel Gleizer, pero no estoy seguro. Ahí compre un ejemplar del **Ulises** de Joyce, que acababa de salir en la traducción de Salas Subirats. Después, cuando al deseo de tener libros se le oponía la crónica escasez de recursos, empecé a frecuentar en largos paseos nocturnos las «librerías de viejo» de la calle Corrientes; en particular la del viejo Palumbo que, sentado junto a la puerta, gordo y barbudo, según dicen inspiró a Roberto Arlt para componer un inolvidable personaje de **El juguete rabioso**. Por pocos pesos salía cargado de libros que todavía conservo. Pero, posteriormente, las librerías de junto a la Facultad, en la calle Viamonte, tuvieron otro carácter: Verbum, en cuyo mostrador un diligente y simpático Vázquez respondía a mis curiosidades —¿qué se habrá hecho, dónde estará?—, Salón Casavalle, cuyo dueño, el señor Kohan, sabía todo lo que había que saber para satisfacer no sólo las necesidades estudiantiles sino ese algo más que predecía una inclinación a la literatura; también había otra librería, dirigida por dos mujeres, cuyos nombres se me escapan y, en la cuadra siguiente, la casi inaccesible Galatea, francesa a más no poder. Salón Casavalle desempeñó un papel fundamental en mi vida profesional: invitado a ser profesor de literatura argentina en Córdoba, sin mayores títulos para serlo, tuve el tino de ir a consultar al Señor Kohan, instalado ya entonces, hacia 1960, en la calle Sarmiento: me hizo comprar una pila de textos con los cuales organicé mis cursos, aprendí lo que no sabía sobre clásicos argentinos y me asomé, con prudencia, al misterioso negocio de la librería de viejo, esa insidiosa pregunta del lego que no imagina de dónde vienen esos ejemplares a veces semi-destruidos, inesperados, a veces intactos pero siempre valiosos y entonces accesibles, no como ahora en que el negocio del libro usado ha sufrido el contagio del *concepto de antigüedad* y lo que realmente vale anda vagando por las nubes. Otras librerías jalónaron mis vagancias: Fray Mocho, por ejemplo, en la calle Sarmiento, donde pasaban cosas, conferencias o algo más; nunca El Ateneo ni las librerías turísticas, que siempre me parecieron una blasfemia en relación con la literatura. En cambio, la de Jorge Álvarez, en plena efervescencia «boomística», era un centro de reunión y de atracción: nos encontrábamos ahí con Rodolfo Walsh y David Viñas, Pirí Lugones actuaba de fascinante, con Paco Urondo celebrábamos la noche y, por suerte, pude conocer entonces a Leopoldo Marechal, por lo menos, en tanto que el esquivo Álvarez cultivaba el prestigio de Torre Nilsson y Guillermo Schavelzon aprendía el mester de librería para fundar poco después Galerna, auxiliado por Ángel Rama y acaso también por mí.

PREGUNTA 2: La primera editorial que me importó fue Losada: a uno de mis hermanos, acaso pensando en mí, se le ocurrió comprar una llamada «Biblioteca contemporánea», unos cien volúmenes que venían con mueble y todo y que le dieron a mi habitación una nueva perspectiva; los autores eran preferentemente españoles: si no hubiera sido por eso jamás habría sabido quiénes eran Ramón Gómez de la Serna —con quien me cruzaba en la calle Florida, seguido a pocos pasos por Luisa Sofovich, su

mujer—, Pérez de Ayala, Antonio Machado: puedo creer que si existe algo que se designa como imaginario y que es objeto de construcción, esa biblioteca hizo mucho, tanto que pese al tiempo que pasó no olvido lo que fueron para mí Machado o Pérez Galdós, que regresan siempre a mí. Posteriormente, me fascinó, pero más de lejos, lo que ocurría entre Sur, Sudamericana y Emecé: los libros de Borges en primer lugar y las colecciones dirigidas por él y Bioy Casares acercaban a la gran literatura, ésa que parece alcanzable y que, una vez que uno se acerca, se aleja en la multiplicidad de sus significaciones. Tener, por ejemplo, **Ficciones** en primera edición o **Moby Dick**, que todavía conservo, o los «Cuadernos de la Quimera», Kafka y Baudelaire, no es olvidable, aunque mi relación con las editoriales sea otra desde hace ya muchos años. Las admiraba, los libros que emitían debían ser poseídos en una furia de coleccionista formado por ellas, pero en la certidumbre de que esa formación era adecuada. Hubo otras que también dejaron huellas en mí: Argos, que publicó **Ferdydurke**, la modestísima Claridad, con sus escritores de Boedo, enternecedores y valientes, Botella al mar, que Arturo Cuadrado ponía a disposición de poetas necesitados de protección pero buenos, y otras cuyos libros, menos sistemáticamente, vinieron a llenar mi biblioteca. Todo eso me llevó, con un gesto vagamente arqueológico, a reconocer lo que había hecho Manuel Gleizer, nada menos que hacerse cargo de la mejor literatura argentina de entre 1920 y 1940, o «Anaconda», de Samuel Glusberg, cuyo nombre le debe haber sido inspirado por Horacio Quiroga, y tantas otras.

Todo eso, que describe cierto momento de la formación intelectual de la Argentina, es incomparable con lo que ocurre hoy día en el mundo editorial: las grandes firmas, se sabe, son fábricas de libros y en pocas ocasiones descubren o fomentan: lo hacen si el público los obliga pero, tendencial y vocacionalmente, la cosa va por otro lado y en ello los secundan las librerías deslumbrantes que asesinan los libros si no se venden rápidamente. Por suerte, siguen brotando, de la nada o casi, pequeñas editoriales, marginales, que hacen lo que quieren o las guían propósitos más vinculados con cierta tradición: aventuran, apuestan, a veces pierden pero, en todo caso, recuperan una respiración que parece más propia de una cultura que se busca y que se vincula con un deseo, no extinguido y todavía fuerte, de eso que se conoce como lectores, especie rara pero que existe y sostiene la literatura contra las plurales amenazas de un cielo tecnológico cuyos beneficios están por verse.

MARTÍN KOHAN

PREGUNTA 1: Antes yo *iba* a las librerías, *pasaba* por las librerías. La experiencia de *estar* en una librería me la procuró y me la reveló la Gandhi de Montevideo. La diferencia no radica nada más que en cuestiones de duración; yo podía pasar por cualquier otra librería durante más de una hora, por ejemplo, y estar en Gandhi apenas una media hora: pero en cualquier caso en Gandhi *estaba*. No era el tiempo de estar lo determinante, era la manera de estar. Ahora la emplee en sitios diversos, pero hace más de veinte años fue en Gandhi donde la aprendí.

La timidez ha forzado desde siempre mi renuncia a la sociabilidad; en el café de la librería Gandhi, de mesa a mesa, no alcancé a trabar relación con nadie. A cambio, y sin precisar tratos personales, gozaba de una tácita sugestión de comunidad: la discreta comu-

nidad de los lectores potencialmente afines. Una tregua y una excepción para mi mortificación habitual por no encajar en mi entorno.

PREGUNTA 2: Eran los años en que comenzaba mi formación en la teoría: Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Taurus, fueron algunas de las señas que me marcaron y que sé que comparto con muchos. Cuando vuelvo a esos libros, me dejo ganar por la ilusión de un pasado que se restablece. Esa ilusión es vana: lo certifié primero la mudanza de la librería Gandhi, y lo decidí para siempre su cierre.

LAURA MALOSETTI COSTA

PREGUNTA 1: Durante mis años de formación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA hubo dos librerías que fueron muy importantes para mí: Biblios y Tekne. Estaban a unos metros de la Facultad, en Marcelo T. de Alvear, y allí íbamos a comprar lo que podíamos. Los libros de historia del arte siempre fueron caros y en general los compartíamos con varios compañeros, pasábamos fotocopias, leíamos en grupo, etc.. Otra librería para nosotros imprescindible en esa época fue la italiana Viscontea, que traía libros en italiano con precios mucho más accesibles que los españoles y textos fundamentales como los del Universo de las Formas. También fui asidua buscadora de libros en las ferias de los parques (Rivadavia y Plaza Italia) y en «librerías de viejo», muchas, sobre todo las de la Avenida Corrientes, que a veces traían libros de México y de España a precios buenísimos. Para los libros argentinos de historia siempre Prometeo, también, y las facilidades y descuentos que nos hacía Raúl Carioli.

PREGUNTA 2: Los libros de historia del arte traducidos al español han sido siempre caros porque las traducciones casi siempre son hechas en España. La editorial española más importante para nosotros ha sido Alianza, y en particular «Alianza Forma», una colección impresionante. También Gustavo Gili, Nerea, Gedisa, Paidós, Siruela. Para el arte latinoamericano, ha sido fundamental el Fondo de Cultura Económica; en Argentina, el Centro Editor de América Latina, y últimamente Edhasa y Paidós. En fin, para mis temas de siglo XIX europeo e historiografía del arte también leo mucho en inglés, los libros son muy accesibles cuando salen en *paperback* en las universidades inglesas y norteamericanas.

GUILLERMO MARTÍNEZ

PREGUNTA 1: Recuerdo tres librerías que fueron importantes para mí en Bahía Blanca: la librería Pampa Mar, que tenía actividades culturales en un subsuelo (donde se fundó, por ejemplo, el primer cine club de la ciudad). Todavía existe y es una de las más importantes en Bahía Blanca. La librería Cosmos, que era la que tenía habitualmente más pronto las novedades de Buenos Aires. Y una librería de usados, El Quijote, donde iba a canjear libros.

PREGUNTA 2: Colecciones que fueron importantes para mí: la colección «Capítulo» de literatura argentina («Biblioteca Argentina Fundamental», del Centro Editor de América Latina); la colección «Cuadernos» (Editorial EUDEBA), ambas de la biblioteca de mis padres. También, más aquí en el tiempo, la biblioteca de **Página 12**.

TUNUNA MERCADO

PREGUNTA 1: «Lo afirmo apodícticamente —escribió Juan Filloy en su libro de memorias **Esto fui**— la biblioteca Vélez Sarsfield fue, ha sido y por siempre será el cerebro lúcido del barrio General Paz (...). Lámpara de verdad y belleza intelectual, en su seno se han nutrido muchas generaciones». Fue la primera biblioteca popular circulante, dicen que del país, fundada por un consejo de vecinos en 1909. A esa biblioteca, en la esquina de Lima y Félix Frías, frente a la plaza Alberdi, íbamos los chicos del barrio. No puedo decir que fuera para mí un templo ni que mis horas transcurrieran leyendo en ella. El escritor cordobés Daniel Salzano, brillante cronista de Córdoba, en **La Voz del Interior** recuerda que la biblioteca «tenía todas las novelas de Verne, y el bibliotecario —que se parecía al señor de la caja del Quacker— no solo las había leído y releído, sino que había obligado a hacer lo propio a todos los niños de la galaxia Gutemberg empadronados en cinco cuerdas a la redonda de la plaza Alberdi». Entre esos niños estábamos yo y mis hermanos, indebidamente, porque vivíamos a más de seis cuerdas de ese radio. Recuerdo haber sacado **Narciso y Goldmundo** y **Demián**. Hesse era estremecedor, movía el espíritu, que es el «órgano» que resonaba para mí cuando adolescente. A Verne lo teníamos completo, en una edición chilena de incontables ejemplares, con tapas e interiores ilustrados, pero no de lujo. No puedo aseverarlo, pero era Ercilla o Zigzag el nombre del editor. La Biblioteca era la casa del espíritu número 2. A la número 1 la teníamos en un descanso de la escalera. Albergaba un «espíritu» de gran tamaño, 30 tomos en librero propio del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano -Montaner y Simón, Barcelona, y W.M. Jackson Inc., Nueva York. En la sala había autores universales, entre los que incluyo en especial a los escritores de Córdoba de distintas épocas, que editaban sus libros en imprentas o en librerías: Filloy, Omar Viñole, Manuel Rodeiro, Carlos Stutz, gente cercana a la Facultad de Letras como Adelmo Montenegro, Emilio Sosa López, Enrique Luis Revol, los hermanos Baldwin. Traductores del alemán impecables como Alfredo Terzaga o Vicente Álvarez, entre otros, que nos hicieron conocer a Hölderlin, Rilke y Trakl. Una editorial Assandri —que era también librería— figuraba en muchos lomos. Estoy hablando de fines de los años cincuenta, comienzo de los sesenta. Recuerdo a clásicos de toda especie, de España, Portugal, Italia, Argentina.

Había una Biblioteca Circulante Córdoba, donde me asocié antes de entrar a la universidad. Allí leí Sartre, Simone de Beauvoir, Julien Green, Gide, Thomas Mann, Pavese, Roger Vailland, Hemingway.

PREGUNTA 2: La librería de los sueños fue siempre Paideia. Lo fue por su dueño, Bernardo Nagelkop, que en aquellos años que me conciernen estaba en el Pasaje Central, entre Deán Funes y 9 de julio. Allí se alimentó, con su consejo y concurso, la vida intelectual de Córdoba. Tenía unos juicios estrictos sobre el libro que tenía que recomendar. Sabía lo que teníamos que leer los estudiantes de Letras; no sólo lo que pedían los profesores (Dilthey, Mircea Eliade, Croce, Edmund Wilson, Stefan Zweig, Busaniche, Payró, Luckács, Goldmann, Garaudy y hasta Plejanov!), sino esos textos secretos que solo oídos muy finos podían recibir (y nos esforzábamos para lograrlo). Y el editor de los sueños fue Alberto Burnichón, que hacía —daba la impresión de que a mano— unos



libros perfectos para encuadrar la mejor poesía. Bernardo murió hace dos años. Lo sucedió Rubén Goldberg, que sigue siendo un librero de los de antes. A Burnichón lo asesinaron los militares.

JORGE MONTELEONE

PREGUNTA 1: He vivido mi período de formación, esa *Bildungsroman* de la adolescencia y la juventud en la cual comenzamos a leer, en un suburbio del Gran Buenos Aires, que era un barrio de obreros y clase media baja en Ramos Mejía. Había una módica biblioteca donde estaban Poe y Verne (aunque, curiosamente, no Salgari), un inesperado **Filosofícula** de Lugones y las ediciones dudosas de clásicos de editorial Tor y de Sopena, confundidos con Axel Munthe o Maxence Van der Meersch, que mi viejo compraba en su juventud. Mi abuelo comunista, reverente de la educación, me regalaba libros a veces. Por supuesto, la lectura de historietas era voraz y sigo aficionado a ellas. Solo había una librería en Ramos Mejía, donde di con mis primeros hallazgos en los años del secundario: los libros populares del Centro Editor de América Latina de literatura universal, los libros de Borges y de Cortázar y los libros de poesía de editorial Losada. Por ejemplo, la edición de **Relatos** que hizo Sudamericana con los primeros cuatro libros, o **Rayuela**, o **El hacedor**, y Neruda, García Lorca, Jiménez, Alberti, Aleixandre. Y luego **La náusea** de Sartre y **El extranjero**, de Camus, que eran accesibles allí.

El único circuito de librerías estaba lejos de mi casa, y para hallarlas debía viajar «al centro». Mis recursos eran escasos y mis recorridos por la ciudad desconocida eran limitados. Por eso el gran campo de búsqueda eran las librerías de viejo en el camino que va de Callao hasta Corrientes y de allí hasta el Obelisco. Compraba mucho en las mesas de saldos de estas librerías abarrotadas. Fui autodidacta y nadie, ni libreros ni maestros, me indicaron qué leer, por eso la pesca fue ávida y desordenada. Por ejemplo, yo escuchaba a Spinetta y sabía por él que existían Rimbaud y Artaud. En una misma tarde conseguí en una librería de viejo un libro decisivo para mí: **Las iluminaciones**, en la traducción de Cintio Vitier, de tapa plateada, y **Una temporada en el infierno**, en una rara edición de Kraft; así como varios libritos de Artaud, uno de ellos con un texto de Pizarnik. El kiosco era una fuente inmediata, porque también obtenía mi caótica información de la lectura del suplemento cultural del diario **La Opinión** desde 1973, o de la revista **Crisis**, cuyo primer número compré en quinto año del secundario y que leía de punta a punta, sin perderme un número. Así supe que existían Roberto Arlt, Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández, Juan L. Ortiz, Ricardo Molinari y también Ricardo Piglia, Abelardo Castillo, Juan José Saer, Luis Gusmán, los nuevos narradores de entonces. Y Roland Barthes, cuyo adelanto de **El placer del texto** casi no entendí pero me deslumbró por completo. Ya en la universidad de la dictadura, el autodidactismo continuó para conjurar lo que NO se enseñaba. No tuve mentores tampoco allí, ni afuera. Desde entonces busqué y leí todos los libros de Barthes, por ejemplo los de Siglo XXI y antes, las ediciones en francés que llegaban a la librería Hachette. En las mesas de saldos también aparecían apilados e ignorados las primeras ediciones de **El frasquito**, **El fjord**, **Sebregondi retrocede**, o libros de Antonio Di Benedetto como **Zama**. Y dos libros deslumbrantes: **La literatura y el mal** y **Las lágrimas de Eros**, de

Georges Bataille. Y el **Ulises**, y Kafka, y los libros de Proust en la edición de Rueda, traducidos por Marcelo Menasché. Y otros libros «nuevos», que solía comprar en la librería Hernández. Con el estudio del francés, algo irregular, iba a Galatea a comprar mis Rimbaud, Baudelaire y Verlaine. En la librería de la calle Florida que estaba en un subsuelo, en el actual CCEBA, compraba algunos libros españoles importados, sobre todo de poesía bilingüe, como algunas ediciones de Hiperión. Pasaron cosas raras: compré **Respiración artificial** en un kiosco de diarios de mi barrio, en la primera edición de Pomaire, o **Brillos**, de Luis Gusmán, en una mesa de saldos de Once. Estaban también las librerías de la facultad. Un día Jorge Fondebriber, que estaba en **La danza del ratón** y trabajaba en una de ellas, me hizo traer de una librería de Entre Ríos los tres tomos plateados de **En el aura del sauce**, de Juanele. Una fiesta móvil y todavía secreta en esos años.

Pero podría decir que el gran espacio en el que mi biblioteca se volvió ecléctica, numerosa y múltiple fue la feria de libros del Parque Rivadavia, que frecuenté durante años, y donde fui fugazmente empleado de un puesto de libros. Allí conocí a Horacio Tarcus y al que entonces firmaba como Gabriel Martín Vega, que iban a dirigir una revista cultural. Con ellos y algunos otros estudiantes de Filosofía y Letras y mis amigos «cultos» de Ramos Mejía, a los veintipico formamos una de las pocas y precarias revistas culturales que aparecieron bajo la dictadura: **Ulises**, que luego se unió con **Arte Nova**, que dirigía Enrique Záttara. Allí publiqué mis primeros textos, incluyendo un microrrelato sobre el «algo habrán hecho» en el número 1 de diciembre de 1978, llamado «Terneza de navidad». Era una revista de izquierda y los milicos la detectaron y recibimos amenazas. Creo que teníamos convicciones, mucho miedo, cierta inocencia un poco arrojada, pero sobre todo una enorme alegría de hacerlo y no queríamos largarlo. Publicamos el número siguiente firmado con seudónimos, como si eso hubiera sido una seguridad. Ésa fue mi primera experiencia intelectual, entrañable, unida al circuito de la busca de libros.

Podría afirmar que llegué a la cultura letrada a través de esos circuitos de distribución subalterna del suburbio y de la ciudad, como el kiosco de diarios y revistas, las librerías de viejo, las mesas de saldo y la feria de libros usados. Las otras librerías, visitadas cuando reunía unos pesos, eran menos accesibles y más lejanas.

PREGUNTA 2: Ya mencioné al Centro Editor de América Latina, del gran Boris Spivacow (que antes creó EUDEBA) y que tuvo numerosas y sucesivas colecciones que fueron fundamentales para mi formación. Especialmente las generadas en la década del ochenta, las series de la «Biblioteca Total», las de «Capítulo», las de «La Nueva Biblioteca», los libros y colecciones literarias al cuidado de Susana Zanetti, de Beatriz Sarlo, de Jorge Lafforgue, de Jaime Rest, entre otros. También ese espacio generado por Rest en las series de Ediciones Librerías Fausto, donde se publicaba desde novela gótica hasta Chejov, Scott Fitzgerald, Hesse, Calvino, Schwob o Henry James. Y su gran colección de poesía bilingüe, con traducciones argentinas: Mallarmé, Pavese, Michaux, Montale, las antologías de poesía norteamericana, inglesa, alemana, francesa. También tuve descubrimientos, vinculados a cierta lectura de las vanguardias surrealistas, en libros elegidos para la editorial de Rodolfo Alonso. En Corregidor leí libros decisivos, como esa míti-

ca edición de 1974, de tapa verde: los **Cuentos completos** de Onetti, con prólogo de Ruffinelli. Durante años leí mucha literatura española en las ediciones de Losada. Creo ser, junto a Carlos Battilana, el único lector que queda vivo en la Argentina de Azorín. Pero allí estaba también San Antonio Machado. Y toda la poesía de Lorca, de Jiménez, de Alberti, de Aleixandre. Y Sartre, y Camus. Me gustaban los libros de Tiempo Contemporáneo, todas sus colecciones, incluyendo los policiales de la «Serie negra», y de entre ellos, ese tesoro inconcluso que nadie se anima a reeditar: **El idiota de la familia**, de Sartre. Y aun libros inesperados, como **Los cuadernos de Malte Laurids Brigge**, de Rilke. Los libros que editó la editorial Sudamericana en los años de Enrique Pezzoni, que también preservaba y distribuía la herencia de Sur. Son innumerables, y hasta publicó a Noé Jitrik y a Josefina Ludmer, además de Silvina Ocampo, de Manuel Puig, de Virginia Woolf, de Vladimir Nabokov. Había libros poderosos, como **Doktor Faustus**, de Thomas Mann. Y entre los libros de Sur, uno, luminoso: **Ensayos escogidos**, de Walter Benjamin, en la traducción de Héctor A. Murena. Me gustaba la primitiva tipografía de los libros de Emecé, donde leí todo Borges y a Bioy. La biblioteca ideal de Borges, el sistema de referencias de sus textos y a veces de sus restricciones, funcionó por un tiempo como una especie de súper-yo. O, como decía Masotta, creía que «cierto borgismo siempre será pertinente». Me llevaba a otros libros, pero no me impidieron la lectura de la literatura francesa que, como observó Saer, menoscababa: Baudelaire y Proust, por ejemplo. Ya mencioné a Santiago Rueda, donde estaba completo **En busca del tiempo perdido**, en tomos enormes que atesoro. Y Faulkner, y Joyce, y Hemingway. La lectura de la poesía de Borges me abrió el camino a los modernistas y a la gauche. La de la revista **Xul**, a la de Oliverio Girondo. En el Fondo de Cultura Económica seguí la poesía latinoamericana moderna, leí largamente a Alfonso Reyes y tuve otro descubrimiento iluminador: los libros de Gaston Bachelard, que fueron la base inicial de mi trabajo teórico de años sobre el imaginario poético. Los libros de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano publicados en Hachette fueron fundamentales para mi formación en la crítica literaria.

He asistido, por fortuna, al final de la rica época de las editoriales nacionales que la dictadura y el neoliberalismo contribuyeron a atomizar o destruir. Tengo cientos de esas ediciones, un pequeño canon occidental en mi domicilio. Creo que el gran heredero de esa tradición editorial en nuestros días, con su vasta trayectoria para crear los catálogos de El Ateneo, Adriana Hidalgo Editora, Interzona y la actual El cuenco de plata, es uno de los mejores editores, no solo de Argentina, sino de Latinoamérica: Edgardo Russo.

BEATRIZ SARLO

PREGUNTA 1: La primera librería a la que fui, a los 12 o 13 años, sin supervisión, estaba sobre la calle Cabildo, más o menos a la altura de Mendoza u Olazábal. Tenía toda una pared con la colección Austral, cuyos índices yo examinaba en mi casa y de los que elegía, mal, por pálpito, qué número iba a pedir; también recuerdo la biblioteca pública de Belgrano, a cincuenta metros de Cabildo. La librería y la biblioteca funcionaron, durante un tiempo, en tándem. Después, a los 15 años, me animé a llegarme hasta Hachette para comprar la edición Garnier de **Le rouge et le noir**; gasté toda la plata que llevaba en un volumen encuadernado en

pasta de **Les fleurs du mal**. La librería me pareció inmensa, hostil; nadie me ayudó; los vendedores eran descuidados y antipáticos. A los 17 años, ya en la Facultad, fui a la Librería Pardo, sobre Maipú. Allí, con una generosidad imprevista, me ofrecieron (como a todos los estudiantes de la calle Viamonte) una «cuenta corriente». Me atendía siempre un librero cabezón y renco, con ancha frente «de poeta», que conocía toda la bibliografía usada en la facultad y bastante más. Casi no conservo ni media docena de libros de los que compré: literatura española, Menéndez Pidal, qué sé yo. Frente a la Facultad, sobre Viamonte, estaba Verbum. Su dueño se llamaba Vázquez y había colgado en una de las columnas de la librería retratos autografiados de escritores argentinos. La erudición de Vázquez, el hecho de que yo supiera que conocía a muchos escritores, era demasiado para mi timidez y mi incultura. Las librerías más importantes de mis años sesenta son Fausto (donde estaba Germán García, de quien era amiga) y, sobre todo, Jorge Álvarez, adonde iba todas las tardes hasta que se cerró, creo que por quiebra, y donde veía de lejos a gente que admiraba como Jauretche o García Lupo. Yo corregía galeras para la editorial de Álvarez y nadie, excepto el pelado López (bibliotecario a la mañana en el Nacional Buenos Aires) y Claudio Armengol, amigo que había vendido libros en el CEFyL [Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras], se dignaba mirarme. Piri Lugones, una reina allí, pensaba que gente como yo era demasiado poco para la jerarquía del lugar. De todos modos, Carlos Pérez (desaparecido en 1976), encargado de producción en Jorge Álvarez, lindo, elegante, melancólico y bondadoso, me sacó de allí para que lo ayudara en una editorial nueva que fundó en 1967. A comienzos de los setenta, iba mucho a Martín Fierro, donde era vendedor el Flaco Gurmán, que acababa de publicar o anunciaba la inminencia de **El frasquito**. A Fausto también volvía casi todas las tardes, para insistir sobre José Luis Rettés para que pusiera algún aviso en la revista **Los Libros**. Al lado de la oficina de esa revista estaba Galerna. Manuel Gestal (que se exilió en México y hoy vive en España) trabajaba allí con Claudio Armengol y Polo Rodríguez Pujol. Me prestaban el teléfono y los libros que yo eligiera. Cuando el ejército allanó la oficina de **Los Libros**, Manuel se quedó tres días vigilando la calle para impedir que yo me acercara, avisarme y salvarme por si todavía estaban esperándome. Supongo que debo nombrar a Manuel el librero más importante de mi vida.

PREGUNTA 2: Lo primero: una colección de libros que estaba en el colegio y leí durante la primaria: «Reading and Thinking»; eran muchos y de niveles diferentes, tapa dura, ilustrados con imágenes que hoy diría prerrafaelistas. En ellos encontré el primer poema que me impactó, de Walter de La Mare, pero no recuerdo el tema ni porqué me impresionó tanto. Luego, uno de Byron: «When we two parted in silence and tears...» Ya mencioné la «Colección Austral». Tan importante fue, poco después, la «Biblioteca Contemporánea» de Losada y los pequeños tomitos de clásicos franceses de la colección Hachette que compraba en el Palacio del Libro. Luego, desde que se fundó, EUDEBA. Pero el punto de giro, lo que decidió mi vida, fue haber trabajado no sólo en esa editorial sino en el Centro Editor. Conocí a la gente que me ayudó a saber qué tenía que leer, qué pintura tenía que mirar, gente con la que discutí durante años, que me humilló por mi ignoran-



cia o me dio una palmadita en el hombro. Fue mi familia intelectual y afectiva; Boris Spivacow me permitió sobrevivir durante los años de la dictadura. Hacer colecciones en el Centro Editor era, como práctica, un verdadero plan de lectura.

MARISTELLA SVAMPA

Pregunta 1: Una librería ayudó a mi formación; se trata de Quimhué libros, situada en Gral. Roca, Río Negro, donde compraba tanto los libros de literatura como de ensayos durante mi adolescencia, e igualmente cuando era estudiante de filosofía en Córdoba y cada tanto viajaba al sur a visitar a mi familia. En esa librería conocí profesores universitarios, pues era (y sigue siendo) un lugar de reunión o de cruce entre intelectuales del lugar. También solía visitar a menudo la librería Siringa, de la ciudad de Neuquén, que cerró sus puertas hace unos diez años. Era más completa que la de Gral. Roca, pero era atendida de manera muy negligente. En Córdoba no hallé una contrapartida, los libros eran muy caros y solo visitaba las librerías de usados, que eran más bien escasas. Hasta el día de hoy, la dueña actual de la librería de Gral. Roca (antes la librería era atendida por la madre) es una de mis mejores amigas.

PREGUNTA 2: Sobre editoriales. Los libros de Losada, que eran baratos y ofrecían excelentes autores tanto en literatura como en filosofía, acompañaron parte de mi formación. No creo que haya influido más que eso.

HÉCTOR TIZÓN

Pregunta 1: La librería de Héctor Yánover en la calle Las Heras. Héctor fue el único gran librero de Buenos Aires. Allí descubrí casi al mismo tiempo que él a Thomas Wolfe, autor de **El tiempo y el río** en traducción inmejorable de una argentina que luego en España lograron afeear.

También en esa librería conocí a los que luego serían nuestros amigos de por vida como Horacio Salas y Oski.

PREGUNTA 2: He pasado gran parte de mi vida adulta fuera del país, pero conservo un entrañable recuerdo de don Gonzalo Losada, representante de la mejor España, amigo y protector de José María Arguedas, Rafael Alberti y Seoane, entre otros.

HUGO VEZZETTI

PREGUNTA 1: No es fácil establecer un comienzo para una «formación». Si tengo que referirme a la pasión por la lectura, como una parte básica del aprendizaje intelectual, debo comenzar por una librería de mi infancia (en realidad, un gran quiosco con mesa de libros para vender y canjear que estaba en Jujuy y la Av. Caseros) de donde obtenía casi exclusivamente novelas de vaqueros (a veces, confieso, sin pagarlos). Los libros en casa (no muchos) venían de El Ateneo, pero era mi padre el que los encargaba y los traía a través de un conocido que trabajaba allí. Recuerdo, sobre todo, la colección de Monteiro Lobato sobre la banda de Perucho y Naricita (más de 20 libros) que nos disputábamos con mi hermano cuando llegaban.

Después, ya en el secundario (fines de los '50 y comienzos de los '60), empecé a recorrer las librerías de Corrientes, y allí se fue conformando una geografía perdurable de los libros y las libre-

rías. De esos primeros recorridos no recuerdo ninguna en particular, y tampoco hablaba con los libreros: recorrer librerías siempre fue una actividad solitaria para mí. Así armé mi primera biblioteca: no puedo reconstruir cómo fui formando mis gustos y preferencias, pero lo que recogía sobre todo era literatura (Sartre y Camus estuvieron entre las primeras lecturas de esa etapa, pero recuerdo un temprano descubrimiento de Faulkner) y ensayos e historia argentina.

Estudí en la Universidad del Salvador, en el edificio histórico de Callao y Tucumán y en algunos otros de la zona (Rodríguez Peña entre Corrientes y Sarmiento). La librería Resio, que estuvo durante muchos años en Callao entre Tucumán y Viamonte, me surtía de libros, y seguí recurriendo a ella hasta el fin de la dictadura por lo menos. Era atendida por una familia de libreros que habían dado nombre al lugar, los Resio. No tenía mucho en exhibición pero el depósito era inagotable. Yo trataba generalmente con dos hermanos que eran de la segunda generación de la familia, muy eficientes: lo que no tenían lo conseguían. Era un lugar para ir a buscar los libros que uno necesitaba, pero también para preguntar por un autor o una temática. De allí salió una primera biblioteca en psicoanálisis, filosofía y ciencias sociales (incluyendo Marx y otros autores de izquierda que los hermanos Resio, que atendían a un público básicamente católico, conseguían sin hacer comentarios).

Pero las librerías de Corrientes seguían siendo un territorio para la búsqueda y el descubrimiento. De esa época ya recuerdo la librería de los hermanos Del Valle, en la esquina de Rodríguez Peña y Corrientes. Más adelante se separaron o se pelearon y uno de ellos, al que seguí viendo hasta los '80, se puso a la vuelta, por Callao; primero en un local a la calle y luego en el 2º piso de un viejo edificio de departamentos, a pocos metros del anterior. Este Del Valle (no recuerdo el nombre) era un librero especializado en literatura e historia argentina, con ideas propias, nacionalistas si no me equivoco. Con él *había* que hablar porque no entregaba sus libros a cualquiera; tenía unas fichas que guardaba celosamente y donde estaba lo que consideraba importante: esos libros había que merecerlos. En esa librería y en alguna otra (Platero, en Talcahuano y Lavalle, y otra que estaba en Sarmiento entre Callao y Riobamba, de cuyo nombre no me acuerdo) completé mi biblioteca de clásicos argentinos.

Por supuesto, visitaba la librería Hernández y conocí a su dueño (incluso durante la dictadura se le podían pedir discretamente libros que no estaban a la vista), pero no puedo decir que mantuviera con él conversaciones sobre los libros. En general, las librerías no fueron, para el período de mi formación, espacios de sociabilidad intelectual. Eso obviamente cambió en la posdictadura, con la librería Gandhi, sobre todo, y Prometeo.

También estaba Martín Fierro, en Corrientes entre Libertad y Cerrito; allí trabajaba en los '70 Luis Gusmán. Yo no iba mucho, pero hablábamos (teníamos algún amigo en común) y podía pedirle alguna sugerencia. Recuerdo que en medio del «Rodrigazo» fui a gastarme en libros todo lo que había cobrado, como un modo de preservarme de la inflación: todavía los libros tenían el precio marcado en la 1ª página y ese precio se respetaba (después, con el aprendizaje inflacionario, los libreros aprendieron a incluir esos códigos indescifrables que les permiten ajustar los precios sin corregir en el libro).

Finalmente, en épocas en que era muy difícil conseguir libros en otros idiomas (sobre todo la dictadura, y después, hasta que se impuso la compra *on line*) usé mucho el servicio muy eficiente de la Oficina del libro Francés, en la calle Talcahuano. Docenas de libros, desde los seminarios de Lacan hasta las obras de Foucault, Bourdieu, Castel, los historiadores franceses, vinieron de ahí.

PREGUNTA 2: De la primera época (si dejo de lado la colección «Robin Hood» de mi infancia: Salgari, etc.), la editorial de la iniciación literaria (Dumas sobre todo, Verne...) era Sopena.

De la época de mis estudios universitarios, la editorial de referencia en psicoanálisis y en ciencias humanas era Paidós: compraba mucho la «Biblioteca del Hombre Contemporáneo»: consultaba el catálogo de obras que se incluía en cada libro y a menudo anotaba otros títulos para comprar. El Fondo de Cultura Económica era el sello para las ciencias sociales y las humanidades, sobre todo los «Breviarios».

Un poco después vinieron los libros de Amorrortu, Nueva Visión y Siglo XXI. Esta última era la más importante porque en ella encontraba tanto los textos de psicoanálisis (comenzando por la 1ª edición de los textos de Lacan) como las obras más representativas de las nuevas corrientes, sobre todo francesas. Pero también consultaba las ediciones españolas: Alianza, Taurus, Gedisa. En los '70, la Oficina del libro Francés me permitía acceder a los catálogos de Seuil, Gallimard, Vrin y otras.

Pero creo que fueron los autores, más que las editoriales, los que fueron dando forma a una trayectoria intelectual y a experiencias de lectura que se han plasmado en mis primeros trabajos, ya en los '80.